

SEPULCRAL

Curtis Garland

GANE 1 MILLON DE PESETAS


st
SELECCION
TERROR

ENCONTRARA OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR EN LAS COLECCIONES DE
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Servicio Secreto
Punto Rojo
Selección Terror
La Conquista del Espacio.

CURTIS GARLAND

SEPULCRAL

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 603
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 40.322- 1984

Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición en España: enero, 1985
1ª edición en América: julio, 1985

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1985

PROLOGO

NUEVA YORK, 1890

CARTA DE MELVIN NORDHAM A REED GARFIELD

«Newcastle, 10 de septiembre de 1890.

«Querido amigo Reed:

»Creo que sentirás una cierta sorpresa al leer esta carta mía. Inicialmente, ya te habrá sorprendido recibir una misiva con mi remitente, ¿no es cierto? Hace tanto tiempo que no sabemos uno de otro...

»Ni siquiera estoy seguro de encontrarte en tu vieja dirección de esa ciudad, pero debo correr el riesgo, porque no tengo otra adonde dirigirme desde esta horrible y aburrida ciudad donde ahora te escribo estas líneas angustiosas y desesperadas.

«Angustiosas, si, querido Reed, desesperadas también. Pronto comprenderás la razón de todo ello, si tienes suficiente paciencia para llegar al final de esta carta. Yo así lo espero y lo deseo fervientemente, desde el fondo mismo de mi corazón.

»Ahora, ahorremos más preámbulos y vayamos al grano, que es lo que interesa. No sé ciertamente si, cuando recibas esta carta y empieces a leerla, yo estaré vivo todavía. Mucho me temo que ello no sea así, amigo del alma.

»Temo morir pronto. Muy pronto. Me siento enfermo. Muy enfermo, te lo confieso.

»Sé que es la mía una dolencia incurable, silenciosa y atroz, que terminará por llevarme a la tumba. Una tumba a la que temo con todas las fuerzas de mi ser. ¿Qué persona, amigo Reed, no teme a la muerte? Yo, quizá, más que nadie en este mundo. Y ello tiene una explicación. Algo que nunca ·hubieras podido imaginar cuando éramos ambos amigos y camaradas entrañables, compañeros de estudios en Oxford, dedicando mucha mayor parte de nuestro tiempo a la diversión que a los estudios. ¿Recuerdas al viejo cascarrabias, el profesor Whitaker? ¿Y a la insufrible señorita Treadwell, con su aire de eterno juez de las debilidades humanas?

»Ah, mi estimado y nunca olvidado Reed, qué tiempos aquellos tan entrañablemente hermosos, tan recordados en la distancia, pese a sus malos ratos y a sus problemas, que ahora se me antojan nimios y casi infantiles. Ahora, son otra clase de sombras las que oscurecen mi existencia. Y la sombra más presente, más amenazadora y terrible, es la de la misma muerte. La siento aquí, conmigo, tan cercana...

»Dirás que soy un loco, que deliro o que estoy bebiendo demasiado, como hacía en los viejos tiempos. Te juro, por lo más sagrado, que no es así. Ya, ya sé que mis juramentos te sonarán a música celestial, porque nunca me consideraste un buen creyente, ¿no es cierto? Sin embargo, estás muy equivocado en eso.

»Soy profundamente religioso. En aquella época no lo era, no podía serlo. ¿Qué estudiante de dieciocho o diecinueve años lo es? Ahora es distinto. Estos seis años que nos separan a ambos de los viejos tiempos universitarios, han cambiado notablemente mi persona. Ya no soy, por desgracia, aquel joven disipado, superficial, divertido y escandaloso que conociste, al que estuvieron tres veces a punto de expulsar de la Universidad. Creo que sólo el prestigio de mi noble padre y su dinero —sobre todo su dinero, ¿a qué andarnos con tonterías?—, evitó que nuestra *alma mater* me enviara al diablo con mis borracheras, mis malas notas y todo aquello. Claro que los dos últimos cursos fueron brillantes, aprobé todo, y los viejos profesores prefirieron olvidar, para darle el título a un nuevo Nordham y no romper así la rancia tradición familiar de mi estirpe, todos ellos doctorados en Oxford.

»No sé a qué te cuento todo esto que tú tan bien conoces, querido Reed, pero creo que esta carta es para mí algo así como una escapatoria, una evasión de sentimientos y de emociones contenidas, encerradas durante demasiado tiempo en mi persona, como si mi cuerpo y mi propia mente fuesen una cárcel para mí mismo. La más terrible y hermética cárcel que jamás pudo un hombre soñar.

»Volvamos a lo que importa y olvidemos los viejos tiempos vividos juntos en las aulas... y donde no eran las aulas, querido Reed. No sé si sabes que me he casado. Te envié en su día mi participación de boda, pero supongo que llegaría demasiado tarde. Tu país está demasiado lejos de aquí, los barcos no son puntuales, los correos tampoco... De todos modos, te la envié. No sé tampoco si me respondiste. Tal vez sí, pero desde mi matrimonio, es Honor quien se ocupa de toda la correspondencia familiar. Honor es mi esposa. Una mujer turbadora, hermosa como pocas, inteligente, sutil, sensible. Una maravilla de criatura diría yo. Y, sin embargo, incluso he llegado a sentir miedo de ella.

»Miedo, sí. ¿Te sorprende la palabra? ¿Te asusta acaso? ¿O crees que deliro?

»Te digo la pura verdad, Reed. Miedo es lo que siento. No sólo de Honor, sino de todo, de todos. Sospecho de todo el mundo. Recelo de cuanto me rodea. Incluso de Honor, mi bella y dulce esposa.

«Porque sé que voy -a morir. Pero mi muerte no será natural.

»Por eso te escribo esta carta, querido amigo. Tengo miedo. Estoy asustado, muy asustado. Y necesito ayuda, tu ayuda.

»Sé que te parecerá una petición grotesca y absurda. ¿Cómo podrías tú ayudarme, desde el otro lado del Atlántico? ¿Cómo tenderme una mano desde Nueva York hasta Newcastle?

»Eso es lo que quiero pedirte. Ignoro tus ocupaciones actuales, incluso desconozco si te has casado o no, si tienes hijos... Pero te necesito aquí, cuanto antes, querido amigo. Por nuestra vieja amistad, por nuestra camaradería juvenil, por todo aquello, te ruego encarecidamente que vengas a Inglaterra, que vengas a Newcastle. Sólo en ti confío, sólo tu presencia podría tranquilizarme, devolverme la seguridad, la fe, tal vez la fuerza suficiente para luchar contra este oculto terror que me atenaza, que me domina y abruma cada día más.

»Van a asesinarme, Reed.

»No sé quién va a hacerlo, la verdad. Cuantos me rodean son, aparentemente, de toda mi confianza. Si fuese al constable amigo mío a decirle lo que sospecho, me tomaría por loco, ya que no por ebrio. Hace años que no pruebo una sola gota de alcohol. ¿De quién podría decirle que sospecho semejante monstruosidad? ¿De mi esposa Honor? ¿De mi sobrina Hazel? ¿De mi primo Ralph, de mi hermana Deborah, de mi administrador y abogado Peter Seymour? ¿Del hermanastro de mi mujer, Brian Jackson? Sonaría a ridículo, a disparatado. Yo mismo me digo que no es posible.

»Pero sé que es así. Uno de ellos planea asesinarme. Sería largo contarte el porqué de mis sospechas, la causa de mis recelos, que son ya más convicción que otra cosa. Por carta es imposible hacerlo. Por eso te ruego que vengas, querido amigo. Sé que económicamente no es problema para ti. Eres aún más rico que yo, de modo que puedes permitirte el lujo de tomar un barco y cruzar el Atlántico en cualquier momento. Hazlo, te lo ruego, si en algo estimas mi vida. Te prometo resarcirte de todos los gastos que afrontes, pero no dejes de venir. Y lo antes posible, no sea que cuando llegues, ya sea demasiado tarde.

»Por favor, Reed. Sólo te tengo a ti en el mundo, viejo amigo, para alimentar una vaga esperanza de sobrevivir. No me falles. Confío ciegamente en ti. Te espero contando los días, las horas, los minutos.

»Tu sincero amigo de siempre:

Melvin

»P.D. — He debido interrumpir esta carta brusca mente porque venía alguien, y salgo para echarla de inmediato al correo. No me fío de nadie para esa simple tarea.»

*

Reed Garfield dobló cuidadosamente el último pliego manuscrito,

se frotó la barbilla pensativo y entrelazó luego los largos dedos de sus manos, apoyando los codos en la mesa escritorio de su despacho. Contempló, a través de las vidrie ras de la estancia, los muelles neoyorquinos, los buques amarrados a puerto, el tráfago de estibadores y personal portuario en plena actividad matinal.

Confrontó la fecha de la misiva con la del calendario col gado de la pared.

—Veintiocho de octubre —musitó entre dientes—. Un mes y dieciocho días. Tal vez demasiado tiempo ya...

Separó sus manos y pulsó el pesado timbre de encima de su mesa, que tintineó en las oficinas exteriores de la Naviera Garfield Incorporated. Un joven estirado, de impecable levita y rostro afilado y pálido, penetró de inmediato en el despacho.

—¿Llamaba, señor Garfield? —preguntó respetuoso.

—Sí, Perkins. ¿Cuándo sale el próximo buque de pasaje con destino a Inglaterra?

—El próximo jueves, señor —informó rápidamente el empleado.

—Bien. Sáqueme un pasaje para Dover en ese barco. Inmediatamente, no sea que se vayan a agotar las plazas. Si hubiera problemas, hable con Hastings. El resolvería el asunto.

—Inmediatamente, señor —si el joven empleado estaba sorprendido, lo disimuló con gran eficiencia profesional—. ¿A nombre suyo, señor?

—Sí, a mi nombre —suspiró Reed—. Y envíe un telegrama a Inglaterra.

Su empleado salió apenas hubo él redactado brevemente un mensaje a vuelapluma, sobre una hoja de papel timbrado. El texto era escueto, dirigido a Melvin Nordham, a Nordham Manor, Newcastle, Northumberland, Inglaterra:

«Salgo día 2 de noviembre destino Europa. Saludos:
»Reed.»

Estaba seguro de que ese mínimo mensaje le bastaría a Melvin para tranquilizarse.

Eso, si estaba, vivo para entonces, pensó repentinamente Reed Garfield con una súbita e indefinible sensación de temor, de angustia, de incertidumbre.

PRIMERA PARTE
EL SEPULCRO

CAPITULO PRIMERO

Melvin Nordham leyó el telegrama que la doncella acababa de darle. Ni siquiera se preocupó de mirar el trasero de su sirvienta, como hacía habitualmente cuando ella abandonaba una habitación, con su provocativo cimbreo de caderas.

Estaba demasiado absorto con la llegada de aquel mensaje desde la lejana costa de Estados Unidos de América, para recrearse en la contemplación de las agresivas curvas de su doncella Constance. Al fin llegaba la respuesta esperada, el anhelado mensaje de su viejo camarada de Universidad.

—Va a venir... —jadeó—. ¡Va a venir!

Se echó a reír. Era la suya una risa histérica, maliciosa, que hubiera sorprendido, a no dudar, al remitente de aquel telegrama, puesto que en absoluto parecía corresponder a un hombre asustado, que sólo era capaz de ver torvas amenazas en torno suyo.

Guardó el telegrama bajo llave en una gaveta de su mesa de trabajo, y sin dejar de sonreír se encaminó, al ventanal que asomaba al amplio jardín que rodeaba su casa por doquier, envolviéndola en el frondoso verdor de las arboledas, setos y matorrales cuajados de flores, hasta las distantes cercas de hierro forjado que formaban los límites de Nordham Manor, a escasas millas de distancia de la ciudad de Newcastle.

Allá abajo, jugueteaba su sobrina Hazel con los niños de Jimmy Dekker, el jardinero. Melvin no pudo disimular una sonrisa. Hazel era así. A veces parecía una niña, pese a sus esplendorosos dieciocho años. Le gustaba jugar con los niños, como si no hubiera crecido tanto, como si su cuerpo no hubiera adoptado ya las formas suaves y a la vez con sazón de una adolescente hecha ya mujer. El sol jugueteaba con sus cabellos rojos, como si una llamarada recorriese el jardín. Los niños reían divertidos. A ellos también les gustaba Hazel.

Envidiaba a su hermana Deborah, por tener una hija tan encantadora. El aún no tenía hijos, pese a llevar cuatro años casado con Honor. Y no sabía siquiera si era culpa de él, de ella... o de ambos. Honor mantenía en torno a ese hecho una prudente y a veces casi irritante silencio, como si la cosa no fuera con ella.

Hazel y los niños de Jimmy Dekker se perdieron tras los setos, riendo y corriendo alegremente. Alguien apareció por el otro extremo del sendero de gravilla que corría entre los setos y los árboles. Era Peter Seymour, su abogado y administrador. También un viejo amigo, tanto de él como de su hermana Deborah. Peter era un hombre joven y con ambiciones, sin duda dueño de un brillante porvenir, ya que a

sus treinta años era no sólo abogado de la familia Nordham y administrador legal de sus bienes, sino también uno de los mejores profesionales de Newcastle. Su elevada estatura, elegante y sobria, se movía con su habitual indolencia y seguridad por el jardín. Era un hombre arrogante, distinguido, incluso guapo. Y él lo sabía y se mostraba al parecer orgulloso por el efecto que su físico causaba en las mujeres. Ahora lucía una levita gris perla y un pantalón azul oscuro, que encajaban perfectamente con su tez broncínea y su pelo intensamente negro y liso. Melvin sintió cierta envidia de aquel hombre que era mucho más elegante y distinguido que él, pese a toda la fortuna y rancio señorío de los Nordham. Aunque, como decía en los viejos tiempos universitarios su entrañable amigo Reed, él era un tipo estupendo sin necesidad de ser elegante ni resultar un petimetre insufrible, como los caballeretes de la selecta aristocracia que se daba cita en Oxford. Claro que eso era propio de un hombre como Reed Garfield, americano de origen aunque sus antepasados fueran británicos, que daba más importancia a la calidad humana que a las apariencias sociales. Aun así, siguió el paseo calmo so de su abogado y administrador con cierta frustración interna.

Inesperadamente, ocurrió algo allá abajo. De detrás de unos setos, asomó la figura rubia y escultural de Honor, su esposa. Vestía un resplandeciente traje color frambuesa que realzaba su tez nacarada y su dorada melena ondulada. Apenas la vio aparecer Peter Seymour, dirigió una rápida mirada a los ventanales del despacho.

De modo instintivo, Melvin se apartó de la ventana, dejando caer la cortinilla. Cuando los ojos negros de Seymour se clavaron en ella, la tela no se movía siquiera, y la figura de Melvin no era visible. Pero éste se hallaba detrás, oteando por una estrecha rendija hacia el soleado jardín.

Pudo ver cómo Honor y él alargaban sus brazos y se tomaban de las manos, apretándolas con fuerza. El intentó besarla. Ella le eludió, tirando de él hacia un punto más discreto. La siguió. Peter y Honor se perdieron tras los setos. Melvin, con una punzada dolorosa en su corazón, les vio correr hacia el cenador, situado tras la arboleda, donde sus ojos no podían ya llegar.

Demudado, se apartó del ventanal. Crispó las manos, golpeando con rabia en la pared.

—Lo sabía... Lo sabía... —jadeó—. Ella y Peter... Debe durar hace tiempo, malditos traidores...

Caminó hasta la mesa con paso inseguro. Se dejó caer de nuevo en su butaca tapizada, con el escudo heráldico de los Nordham en su alto y labrado respaldo. Su rostro era una máscara de odio, de rabia, de dolorida decepción.

—Nadie me quiere aquí... —musitaba, hablando consigo mismo en

un apagado murmullo—. Hazel es una niña, sólo vive para jugar... Ralph es egoísta y crápula, Brian es un sinvergüenza sin escrúpulos... Mi hermana Deborah ambiciona mi fortuna, porque su parte la malgastó su difunto marido en juergas, mujeres y juego... Y por si fuera poco, Honor me engaña con Peter Seymour...

Sus ojos claros brillaron con una luz casi demencial. Sus dedos marfileños, largos y sensibles, estrujaron con rabia unos papeles de cuentas administrativas que el propio Seymour le diera aquella misma mañana. Hubiera deseado que ese papel inofensivo fuese el cuello de su administrador, para triturarlo con igual fruición.

—Está decidido —susurró roncamente—. Debo dar tiempo a Reed para que llegue. Y entonces... ¡habrá llegado el momento!

Abrió nerviosamente con una pequeña llave de su llavero otra gaveta de su mesa de trabajo. Rebuscó en los papeles hasta hallar un sobre dentro del cual había un grueso manojo de hojas escritas, con cifras y material minuciosamente detallado. Todas ellas llevaban un mismo negro y fúnebre membrete:

DERACE F. GODFREY
Funeraria - Pompas Fúnebres
NEWCASTLE

Revisó cada una de aquellas hojas, revisó sus cifras y volvió a guardarlo todo, cuidadosamente, apartando para ello un volumen encuadernado en piel, con doradas letras en su cubierta, que luego depositó sobre el legajo de cuentas y facturas de aquella entidad fúnebre de Newcastle.

El libro era El entierro prematuro, de Edgar AlIan Poe, editado en Nueva York.

*

La última paletada de tierra dejó al descubierto la tapa del ataúd. Los dos hombres se miraron en la oscuridad del cementerio, alumbrados únicamente por aquella débil lámpara de aceite.

—Ya está —jadeó uno de ellos con voz ronca.

—Sí —masculló el otro—. Es un féretro muy fuerte. Va a costar trabajo abrirlo.

—¿Ya qué diablos hemos venido aquí, si no? —se irritó el que hablara antes—. Lo abriremos, y listo. ¿Está todo a punto en el carromato?

—Claro. Esperando el cadáver solamente.

—Pues de prisa, Angus. Si nos cogieran ahora aquí, nuestro cuello no valdría nada. Ya sabes que ahora ahorcan a los ladrones de

tumbas…

—Infiernos, Roark, no me lo recuerdes —graznó el otro tocándose su barbuda garganta—. Ya siento frío en el gazna te sólo de oírte…

—Es la brisa nocturna —rió el compinche de Angus—, Corta como un cuchillo.

Los dos hombres se inclinaron sobre la fosa recién descubierta, junto a la pálida forma blanquecina de la cruz de piedra. El ataúd mostraba su reluciente tapa de caoba con un pesado crucifijo de metal incrustado en ella.

Durante varios minutos forcejearon en la tapa, haciendo crujir, siniestra y lúgubremente, la madera flamante del féretro. Por fin, con un sordo chasquido, cedieron las cerraduras. El llamado Angus alzó la tapa lentamente. Roark se inclinó, con la lámpara en su mano, para alumbrar el interior de la caja.

—Es una chica preciosa… —ponderó Roark, estremeciéndose.

—Lo era, amigo —rectificó el otro, riendo huecamente—. Ya sólo es un cadáver. Me pregunto si el doctor…

—¿Qué?

—No, nada —la cara siniestra de Angus reflejó astucia y malignidad—. Es una muchacha muy joven apenas si lleva veinticuatro horas muerta. Puso especial interés en que le lleváramos a ésta y no a otro. Tal vez el viejo miserable no sólo se dedica a hacer experimentos clandestinos con los muertos, sino… otras cosas más sucias con los cuerpos de las mujeres muertas…

—¿Tú crees que puede haber alguien tan depravado como para…? —a Roark le faltaron palabras para expresar lo que su compinche sugería.

—En este cochino mundo hay de todo lo peor, incluso tipos como nosotros que viven de robar difuntos —rezongó Angus, inclinándose sobre el cadáver de la hermosa muchacha que reposaba en aquel féretro—. Ayúdame, maldita sea. Era una frágil criatura, pero debe pesar bastante ahora…

Sacaron de la caja el cuerpo envuelto en el sudario blanco, vaporoso. La luz de la lámpara dio un resplandor casi virginal a su pelo dorado, suave y rizoso. Llevaron el cadáver hasta el carromato que aguardaba junto a la desvencijada verja del cementerio de Newcastle. Miraron en derredor suyo precavidos, antes de meter el cuerpo rígido bajo las gruesas telas que se amontonaban en el vehículo.

Regresaron luego a la tumba abierta, metiendo la caja vacía en su fondo y tapando de nuevo con tierra la fosa profanada. Finalmente, una reciente lápida volvió a su sitio, ocultando a cualquier mirada el robo sacrílego cometido en aquel lugar.

—Pobre chica —refunfuñó Roark, persignándose grotescamente al

alejarse—. Sólo tenía dieciocho años...

Angus asintió, ceñudo, subiendo al pescante del carruaje. Poco después rodaban apresurados en la noche, contra el crudo cierzo que cortaba su piel, ladera arriba, hacia Gosforth, con su fúnebre carga bajo las telas arrugadas.

Alcanzaron finalmente, tras cosa de dos horas de camino a través de un terreno desolado, repleto de brezos, peñascales y abrojos, un edificio solitario, alzándose en una suave colina, con los acantilados haciendo rugir en la distancia a las olas que rompían contra ellos en los alrededores de Whitley Bay.

Detuvieron su carromato eh la puerta, mientras el viento sacudía allí los brezos con bravura salvaje, haciendo crujir los matorrales contra los muros de la vieja casona aislada. Angus bajó del vehículo y golpeó con fuerza la pesada aldaba mohosa. El martilleo retumbó sonoramente dentro del edificio, que cualquiera hubiera pensado que estaba totalmente vacío.

La forma de llamar sugería una contraseña, ya que Angus dio primero dos golpes, luego tres y finalmente otros dos más espaciados. Y así debía de ser, porque tras la puerta sonó minutos más tarde una ronca voz recelosa:

—¿Quién llama?

—¿Quién ha de ser, doctor? —se irritó el ladrón de tumbas, arrebujándose en su pelliza para protegerse del frío viento costero—. Nosotros dos, Roark y Angus.

—Un momento, ya abro. ¿Seguro que nadie os ha seguido?

—Tan seguro como que hace una noche de perros, señor —se impacientó visiblemente Angus.

El portalón se abrió con un largo, lastimero crujido de madera y de goznes chirriantes. Una luz vacilante, la de una vela en una palmatoria, alumbró con amarillas tonalidades el rostro barbudo, desaseado y ruin del hombre que profanaba sepulcros.

—¿Lo traéis?—preguntó el dueño de la casa, con una luz extraña en sus ojos, pequeños, fríos y oscuros, perdidos en una cara innoble, rugosa y casi perversa.

—Claro, patrón —rió Angus guiñando un ojo—. Un precioso cadáver esta vez, ¿eh? La muchacha casi parece viva...

—Al diablo con eso —refunfuñó el otro—. Muerta es como me interesa que esté, por todos los diablos. Vamos, vamos, entradla de prisa. Y largaos cuanto antes. No nos con viene a ninguno permanecer demasiado tiempo juntos.

—Ya —Angus le miró, sarcástico—. Sobre todo esta noche, ¿eh, doctor? Debe estar deseando empezar su experimento con ese hermoso cuerpo...

El dueño de la casa torció el gesto y, sin decir nada, se hizo a un

lado cuando entre Angus y Roark descargaron el bulto, trasladándolo al interior de la casa. El hombre les precedió hasta una amplia sala repleta de tubos de ensayo, material quirúrgico y toda clase de útiles para disección, donde dos quinqués daban una relativa claridad al vetusto recinto de altísima bóveda, muros húmedos y arcadas góticas.

—Dejadlo ahí —señaló con indiferencia una larga mesa de mármol desnuda y fría—. Os pagaré de inmediato.

Sacó de entre sus ajadas ropas oscuras una bolsa, contó varias monedas de oro y las puso en las manos rugosas, sucias y de negras uñas de Angus. Este mordió el oro de las monedas, miró calculadoramente el número de éstas y negó con la cabeza.

—Es muy poco —dijo—. Esa chica murió anoche y la enterraron esta misma tarde, a primera hora. Está reciente, muy reciente. Era arriesgado y trabajoso robarla y traerla aquí. Seis monedas son muy poco. Ese cadáver al menos vale veinte guineas.

—¿Veinte? —clamó el otro—, ¿Estás loco? ¿A quién se lo podrías vender, si no es a mí, Angus?

—Doctor Hayden, no me convence usted. Quiero doce guineas por ese cuerpo, ni una menos. Y se lo cobro barato. Eso... o me lo llevo otra vez, lo tiro a un terraplén y envío un anónimo a la policía. Puede que les interesara mucho la actividad de un tal doctor Hayden, a quien se dice que le quitaron la licencia para ejercer como cirujano, a raíz de unos trabajos ilegales de disección humana de cadáveres...

—Maldito ganapán miserable... —bramó el médico airadamente. Rebuscó en su bolsa, huraño—. Diez guineas. Es cuanto puedo dar. Ni una más. O nunca os encargaré otro trabajo.

—Diez guineas... —refunfuñó Angus—. Bueno, poco es, pero vale. Esa chica tan preciosa va a resultarle muy barata. Aún durará un par de días en buen estado. Puede usted gozar bastante con ella, doctor Hayden...

—¡Fuera, fuera de aquí los dos, miserables! —rugió el médico, empujándoles a la salida, tras poner las otras cuatro monedas de oro en manos del ladrón de tumbas, que reía burlonamente—. ¡Mi trabajo es sólo científico, sucios bribones!

Aún reían los dos cuando se alejaban en el carromato. El doctor Hayden cerró las puertas de-su casa. No supo que los expoliadores de cementerios se cruzaban con otro carruaje; un calesín negro, tirado por dos caballos bien enjaezados, que parecían ir asimismo camino de la casa del médico cirujano que traficaba con cadáveres.

Una vez solo con la difunta, el doctor Hayden, se acercó a ésta, la descubrió lentamente y contempló el rostro céreo, inmóvil, la belleza serena y virginal de la muchacha muerta. Su rostro se transfiguró, tembló, sus labios se crisparon, y acarició las formas del cadáver, empezando a excitarse con jadeos roncos.

—Criatura… preciosa… —farfulló con éxtasis—. Serás mía antes de servir para mis trabajos científicos… Mía…

Rasgó de un manotazo el blanco sudario, apresó los pechos virginales, fríos y duros, mientras temblaba de deseos. Cuando iba a lanzarse sobre el cadáver para consumar sus apetitos necrofílicos, golpearon de nuevo la puerta con el aldabón.

Eran esta vez cuatro golpes breves, rápidos. La señal de personas amigas de elevada condición. Hayden maldijo al inoportuno visitante nocturno, tapó el cadáver otra vez, y corrió a la puerta empuñando la palmatoria con la vela oscilando violentamente su llama a impulsos de su carrera.

—¿Quién llama? —susurró, pegado al portalón.

—Abra, doctor —dijo una recia, autoritaria voz masculina—. Soy Melvin Nordham.

Se apresuró el galeno a abrir y la figura de Nordham, envuelta en una amplia capa negra, tocada por un alto sombrero de peluche de igual color en su cabeza, penetró en el zaguán, encarándose con el médico.

—Señor Nordham, es tarde… —balbuceó el médico, con fuso—. Tengo trabajo que hacer ahora…

—Lo supongo —asintió fríamente Melvin, clavando sus ojos claros en su interlocutor con expresión de pocos amigos. Rápida, su mano diestra enguantada puso entre los dedos nerviosos del galeno una bolsa repleta de guineas de oro, que tintineaban musicalmente dentro del paño—. He visto a esos rufianes que roban sepulcros. Imagino el resto, doctor. Pero eso es asunto suyo, no mío. He venido a por lo que me prometió en su día. Lo necesito ahora.

—¿Ya? —el médico tragó saliva, estrujando la bolsa contra sí—. ¿Ahora mismo?

—Sí, ahora —asintió Melvin Nordham con firmeza—. Dé me ese brebaje, doctor. Necesito estar muerto dentro de pocos días.

CAPITULO II

Las manos delgadas, huesudas como las de un esqueleto, alargaron a Melvin Nordham el pequeño frasco lleno de un líquido denso, de turbio color verde oscuro. El joven Nordham, a cambio de aquel pomo misterioso y nada atractivo de aspecto, acababa de pagar una pequeña fortuna en guineas de oro. Clavó sus ojos azules en el rostro innoble y torvo del doctor Hayden.

—¿Seguro que hará su efecto? —preguntó.

—Seguro, señor Nordham —el galeno desposeído de su título pareció incluso ofenderse ante tal duda—. Es una sustancia inocua pero muy eficaz.

—Me recuerda a una escena de Romeo y Julieta —rió hoscamente Melvin entre dientes—. Sólo que en este caso no existe ninguna Julieta por medio.

—Ese es asunto suyo, señor —se encogió de hombros Hayden—. Usted me pidió un fármaco que provoque una muerte aparente durante unas veinticuatro horas, y helo aquí. Cuando lo haya ingerido, tardará cosa de tres horas en hacer su efecto. Le aseguro que el mejor médico del país podría ser engañado con sus resultados. Y creo que el buen doctor Scragg dista mucho de serlo —concluyó el galeno riendo.

—¿Son demasiado dolorosos esos efectos?

—¿Dolorosos? Oh, nada de eso. Sentirá unos ligeros mareos y se le presentará fiebre. Ese será el principio. Minutos más tarde, sufrirá un aparente colapso, y se quedará rígido, pálido y sin respiración ni latidos cardíacos. Su muerte fingida será de una perfección absoluta. Nadie dudará de que usted es ya cadáver, señor Nordham.

—Perfecto —suspiró el joven guardándose el frasco bajo su amplia capa negra—, ¿Y el despertar?

—Normal y suave. Abrirá los ojos como si hubiera estado sumido en un dulce sopor. Todo efecto del fármaco desaparecerá de inmediato en ese punto, y volverá a ser usted mismo —le estudió con expresión dubitativa, enarcó las cejas y preguntó luego con tono preocupado—: Supongo que un caballero como usted no estará pensando en utilizar esa sustancia para nada delictivo...

—Oh, no, nada de eso, no sufra por ello, doctor —Nordham soltó una suave carcajada—. Le aseguro que no habrá nada ilegal en mi juego. Se trata de una simple broma, y nada más.

—Una broma bastante macabra, ¿no le parece?

—Desde luego, ese es mi propósito. Usted, doctor, no deberá intervenir cuando le informen de que yo estoy muerto, naturalmente...

—Naturalmente. Yo no sé nada de nada ni le he visto nunca, señor. No quiero verme mezclado en su… broma. La muerte es algo demasiado serio para jugar con ello.

—Extraño comentario en un hombre como usted, Hayden, que, al decir de muchos, trabaja con cadáveres en busca de no sé qué misteriosos secretos de la biología.

—Mentiras. Todo mentiras, señor —se apresuró a replicar el médico—. No le caigo simpático a mucha gente, y se ceban inventando calumnias sobre mi persona. Insisto, si me permite en ello, que no es bueno jugar con la muerte.

—Yo no jugaré con ella, sino con ciertas personas que me rodean —sonrió irónicamente Melvin—. Creo que, desde el sepulcro, voy a divertirme mucho, doctor Hayden.

—Ojalá sea así, señor Nordham —musitó el médico, guiándole hacia la salida, con expresión sombría.

Cuando su visitante hubo regresado al interior del calesín negro que aguardaba ante la puerta, con un silencioso coche ro en su pescante, el doctor Hayden regresó al interior de su siniestra morada, frotándose las manos de satisfacción ante los generosos beneficios obtenidos aquella noche.

—Y ahora… —susurró con maligna impaciencia—, ahora, a por esa preciosa criatura que me espera…

*

El crudo cierzo de la noche otoñal barría con ácido silbido el camposanto. Las negras botas del visitante nocturno hollaban el sendero de crujiente tierra, entre los nichos y sepulcros que emitían blancas sombras en la oscuridad desde sus lápidas e imágenes marmóreas.

Nada de todo aquel ambiente fúnebre parecía impresionar al hombre de amplia capa negra que se movía entre las tumbas, con un rumbo al parecer muy definido, sin la menor vacilación en sus pisadas.

Dejando atrás un hermoso ángel tallado en mármol y la figura de un Cristo de blanca piedra, se detuvo ante un pequeño panteón familiar con cripta, cuya puerta de vidrios emplomados era como la pequeña reproducción del acceso a un templo. Tenían que bajarse tres escalones para llegar al nivel de la entrada, situado ligeramente bajo el nivel del suelo.

La mano enguantada extrajo una llave que introdujo en la cerradura del panteón. Sobre la puerta de vidrios policromados, se leía una inscripción en relieve, tallada en piedra gris:

PANTEON FAMILIAR DE LOS NORDHAM

Entró en la pequeña cripta, cuyo hedor a humedad, a vacío y a muerte atacó sus fosas nasales. El visitante nocturno cerró cuidadosamente tras de sí, y luego extrajo de debajo de su capa un pequeño farol de aceite que encendió con un fósforo. Una llama pálida y vacilante alumbró el tétrico recinto con resplandores y sombras que parecían iniciar un bailoteo macabro en torno a él. .

Los muros de la cripta mostraron ante su visitante las diversas lápidas de los allí sepultados, los Nordham de cinco o seis generaciones. Fue leyendo sus nombres, hasta detenerse ante un hueco horadado en el mismo muro, vacio y sin lápida, de unos siete pies de largo por tres de alto y otros cinco o seis de profundidad.

—He aquí tu propio sepulcro, querido Melvin —se dijo a sí mismo con una torva risita que resonó huecamente en los muros y bóveda de la pequeña cripta—. Pronto vas a ocupar lo, ante el dolor inconsolable de tus deudos, especialmente de tu hermosa y sollozante viuda...

Rió con sarcasmo su propio comentario, introdujo sus manos en el hueco del sepulcro vacío, y alzó un pequeño ladrillo del fondo trabajosamente. De él salieron un martillo, una cuña de acero, y otras varias herramientas, incluidas unas llaves idénticas a las que le sirvieran para abrir la puerta de la cripta desde fuera.

—Todo a punto —sonrió, volviendo a depositar los objetos en su sitio, y tapando el escondrijo con el ladrillo, que dejaba totalmente disimulado su emplazamiento—. No será problema salir de la sepultura ni tampoco de la cripta. Ahora, vayamos a revisar el elemento más importante de todo este juego: el féretro...

*

Derance F. Godfrey no pareció sorprenderse demasiado por la intempestiva visita en plena madrugada. Se hizo a un lado, sosteniendo el quinqué encendido, con aire de deferencia y respeto.

—Adelante, señor Nordham, siempre será usted bienvenido a mi casa —fueron sus palabras.

—Gracias, Godfrey suspiró Melvin—, Sé que soy inoportuno y que le he interrumpido su bien ganado descanso, pero esta noche quiero dejar bien comprobados ciertos asuntos, antes de poner manos a la obra y comenzar con mi proyecto.

—De modo que sigue decidido a. llevar a cabo su macabra broma, ¿eh, señor Nordham? —sonrió Godfrey, como si no le sorprendieran demasiado las excentricidades de sus clientes.

—Algo así —asintió Melvin, siguiendo al interior de la vivienda al funerario de más categoría de todo Newcastle—. Se trata de una

apuesta de elevado valor, y naturalmente no deseo perderla. Usted sabe que es importante que todo funcione correctamente en tan arriesgada jugarreta.

—Por supuesto, señor —afirmó Godfrey—. No tendría ninguna gracia que se quedara usted sepultado en vida, dentro de ese hermoso ataúd... sólo por una apuesta.

Melvin Nordham no pudo evitar un escalofrío al oír esas palabras de su interlocutor, mientras llegaban al almacén que Godfrey poseía sobre su tienda, situada en la planta baja, y donde se alineaban sus lúgubres productos comerciales cuidadosamente.

«No es bueno jugar con la muerte», había dicho el doctor Hayden. «No tendría gracia quedarse sepultado en vida en ese hermoso ataúd...», añadía Godfrey frívolamente. Recordó la obra del americano Poe, que le inspirara aquella farsa macabra y no se sintió excesivamente seguro de sí mismo ni de sus planes por un momento.

Luego, al enfrentarse a la verdadera obra maestra de God frey que tenía ante sí, lo olvidó todo, para ensimismarse en la contemplación de aquella caja oblonga de madera costosa, reluciente y majestuosa, con el crucifijo de plata sobre la tapa de caoba, las lujosas cerraduras exteriores, las asas labradas y los adornos en sus bordes. Era el ataúd que correspondía a un hombre rico y caprichoso, a un Nordham sin duda alguna. Sobre la tapa se leía precisamente ese nombre, en letras plateadas, macizas, incrustadas en la madera:

MELVIN NORDHAM
E.P.D.

—Es hermoso —ponderó Melvin.

—Mucho —asintió Godfrey—, Es usted mi primer cliente que ve su propio ataúd en vida. Me alegra que le guste. Ahora, veamos lo que realmente importa. Acérquese, por favor.

Apartó la lujosa tapa, descubriendo el suntuoso forro en raso morado. Le bastó desprender levemente un poco de ese raso, a la altura de la mano derecha de quien allí reposara, para mostrar una cavidad donde se hallaban dos llaves doradas, pequeñas y relucientes. Godfrey explicó con orgullo:

—Basta una sola llave para abrir las cerraduras desde dentro, gracias al dispositivo de cierre que le he aplicado. Pero dado el posible nerviosismo de quien esté con vida dentro de este féretro, podría perder una o rompérsele en el intento. Así, -siempre existe otra de recambio. Pero eso no es todo. También puede suceder que algo falle, y no pueda tomar esas llaves con su mano derecha. Entonces, a la izquierda, hay otras dos llaves idénticas en otra cavidad.

Las mostró, ante la complacencia de Melvin, que asintió entusiasmado. Pero Godfrey fue aún más lejos y añadió con una

sonrisa:

—Aun así, todo esto podría fallarle a un «difunto» demasiado inquieto y descontrolado por la situación en que se hallaría dentro del féretro. Entonces, le bastará hacer esto con el pie, para resolver su situación.

El mismo presionó con el talón en el fondo del ataúd, y los resortes de cierre emitieron un doble chasquido, abriéndose automáticamente.

—Dada la altura de la tapa y del propio nicho de su panteón, señor Nordham, no habrá problemas. Podrá salir del féretro, y agazapado, abrir la lápida con las herramientas que tiene allí depositadas, para ser libre y respirar aire puro.

—Perfecto —aprobó Nordham brevemente, apoyando una mano enguantada en el hombro del funerario—. Nada parece posible que pueda salir mal, amigo mío.

—Y si eso ocurriera en el peor de los casos, no estaría ni una hora metido en esa sepultura. Yo, personalmente, me ocuparía de sacarle de ella, puesto que estaré muy cerca de allí y, caso de no verle salir sano y salvo en su momento, tal como hemos convenido, me ocuparía de todo para sacarle de inmediato. De modo que nada tiene que temer. Su plan resultará perfectamente llegado el momento.

—Eso me alivia mucho. Usted ha pensado en todo, Godfrey.

—Tengo que hacerlo, señor —sonrió el funerario—. La muerte es algo demasiado serio para tomarlo a la ligera. Enterrarse vivo, no es ninguna broma, aunque usted lo haga simplemente por divertirse. En un principio sabe que me opuse a tal proyecto por considerarlo demasiado peligroso y hasta profano. Pero usted me convenció, al explicarme que así sabría quiénes de sus parientes son dignos de confianza, su afecto y, llegado el momento, su herencia. Creo que tiene derecho a conocer la verdad sobre sus seres queridos, y nada mejor que una fingida muerte para asegurarse de ello de una vez por todas. He visto a muchos deudos amadísimos convertirse en auténticas aves de rapiña cuando el ser querido ha dejado de existir. Ojalá no sea ese su caso, señor Nordham. Especialmente, su distinguida esposa sé que sufrirá mucho al verle muerto…

—Oh, sí, ella sí —respondió evasivamente Melvin—. Son otros los que me preocupan, Godfrey. Gracias por su amabilidad. Ahora sé que puedo confiar ciegamente en usted, y que, llegado el momento, podré morir tranquilo —completó con ironía.

Godfrey sonrió, asintiendo. Ambos hombres se estrecharon la mano cordialmente, y el joven Nordham abandonó la empresa de pompas fúnebres de Newcastle, emprendiendo el retorno a su mansión en las afueras de la ciudad, camino de los acantilados.

*

Reed Garfield se apoyó en la barandilla, contemplando el océano, terso y apacible en derredor, aunque de un profundo color plomizo a causa de los nubarrones que cubrían el cielo.

Se estaba aproximando a Europa, a tierras británicas. Los Estados Unidos quedaban ya muy atrás en la distancia, y no podía dejar de pensar en su viejo camarada de tiempos universitarios, el rico y caprichoso Melvin Nordham. Lo recordaba como un buen amigo, generoso y displicente, pero también retorcido y maquiavélico en sus acciones, ya fuesen éstas serias o simples bromas estudiantiles.

Pero Red no podía olvidar que, si ahora estaba vivo, se lo debía precisamente a Melvin Nordham. Ello ocurrió durante el último curso, al regresar tarde a la residencia de estudiantes universitarios, tras una juerga en la ciudad.

El retorno a los dormitorios, lógicamente, debía hacerse en la mayor clandestinidad para que los rectores no se enterasen de nada, o la expulsión del campus hubiera resultado inevitable para estudiantes con tan larga lista negra de faltas y de indisciplinas a cuestas.

Por ello tuvieron que escalar unas altas cercas y caminar por una cornisa junto a un tejado, en la mayor oscuridad y bajo una repentina e inoportuna lluvia que aumentó las dificultades.

Entonces, Reed había perdido pie junto a un canalón de desagüe, precipitándose hacia abajo. Hubiese caído justamente sobre las erizadas puntas de hierro de una verja, donde le hubiera ensartado fatalmente sin remedio, a no mediar la providencial acción de Melvin. Este, con gran serenidad y rápidos reflejos, logró aferrarse a la chimenea cercana, alargando su brazo y aferrando con dedos firmes a su amigo por la muñeca cuando ya caía en el vacío. A punto estuvieron de precipitarse los dos, pero la chimenea resistió, Melvin aguantó el tirón, y pidió angustiadamente ayuda a los demás. Sus restantes camaradas se unieron a Melvin, sujetando el brazo de Reed con fuerza, hasta izarlo lenta y firmemente a terreno seguro.

Aquella noche, Reed no pudo conciliar el sueño, recordando la escalofriante visión de las puntas de hierro enfiladas hacia él. Y se juró a sí mismo que nunca olvidaría el hecho de que Melvin Nordham había salvado su vida.

Tal vez ahora era el momento de devolverle el favor. Si sus temores eran ciertos, era posible que una amenaza mortal flotara sobre el entrañable camarada de otros tiempos. Era obligación suya trufar de ayudarle a combatir ese peligro, viniese de donde viniese.

Por desgracia, el tiempo vino a convencerle de lo contrario. Ocurrió a su llegada a Dover, donde en la propia compañía naviera le esperaba un telegrama urgente, expedido sólo horas antes en

Newcastle:

«Lamento comunicarle fallecimiento de su amigo Melvin Nordham. Enterada de su llegada, espero su visita y siento profundamente que él no haya podido despedirse de usted. Sus últimas palabras fueron para su mejor amigo, Reed Garfield. Suya afectísima: Honor Nordham, viuda de Melvin Nordham.»

Estrujó el telegrama con rabia, antes de pedir un coche para dirigirse a tomar el primer tren con destino a Newcastle: —Demasiado tarde, querido amigo —susurró—. Demasiado tarde…

CAPITULO III

El doctor Richard Scragg firmó el certificado de defunción a las diez de la noche de un día dos de diciembre particularmente sombrío y tormentoso, que era ya como un anticipo del crudo invierno en las ásperas tierras de Northumberland. Llovía torrencialmente sobre la comarca de Newcastle y, desde los ventanales góticos de la vieja mansión de los Nordham, eran visibles los centelleos lívidos y constantes de las descargas eléctricas, acompañadas invariablemente por el fragor sordo y machacón del trueno.

El doctor Scragg había acudido a la mansión requerido apremiantemente por el jardinero Dekker, que le pedía angustiadamente su ayuda para Melvin Nordham, su señor. Desgraciadamente, aunque el afable médico rural se apresuró a tomar su carruaje y partir hacia Nordham Manor maletín en mano, llegó tarde.

A su llegada a la finca, Melvin Nordham le aguardaba en su amplio lecho con dosel, rígido y céreo, con la muerte re tratada siniestramente en sus facciones serenas, apacibles, como dormidas. A su lado, Honor Nordham sollozaba, apoya da en el administrador y abogado de la familia, el apuesto Peter Seymour, mientras Hazel, la sobrina, Brian, el hermanastro de Honor, Deborah Nordham y el joven Ralph, primo del difunto, permanecían en la antesala, formando un lúgubre grupo silencioso.

No pudo hacer mucho más que firmar aquel documento rutinario, dando por terminada su misión en la casa. No cabía la más leve duda sobre la muerte de Nordham, víctima pese a su juventud de una repentina indisposición que, sin dudar, había provocado un paro cardíaco súbito. Nada sospechoso había en su aspecto, por lo que el doctor Scragg se limitó a cumplir su obligación legal, expresar su condolencia a la familia, y regresar lo antes posible al abrigo de su propio hogar en tan intempestiva noche.

Apenas el galeno hubo salido de la estancia, Honor dejó de sollozar, contempló al difunto y luego apresó con fuerza una de las manos de su acompañante.

—Me parece un imposible, Peter —susurró—. Melvin está muerto…

—Así es —afirmó gravemente el abogado, mirándola a los ojos—, muerto. Esto lo resuelve todo, ¿verdad?

—Todo —afirmó ella con voz apagada—. Ni siquiera hizo falta…

Se detuvo, como si fuera a decir algo que a ella misma le asustaba pronunciar en voz alta, delante del difunto. Peter Seymour asintió con un destello frío en sus oscuras pupilas.

—Así es —afirmó, serio—, A menos que tú no hayas…

—¡Cielos, claro que no! —protestó ella horrorizada—. Yo pensé en principio que habías sido tú quien…

—Pues no. No hice nada. Y veo que tú tampoco. Es evidente que no hizo falta. El propio azar se ocupó de resolvernos el problema, en forma de ataque cardíaco.

—Últimamente, Melvin parecía obsesionado con la muer te. Presentía algo, es evidente. A veces me daba miedo. ¿Sabes que hizo revocar el panteón familiar hace cosa de dos meses, y encargó un lujoso féretro a la Funeraria Godfrey, para que lo guardasen hasta su óbito?

—Extrañas medidas, ciertamente —asintió Peter arrugando el ceño y apretando contra sí a Honor apasionadamente—, Pero lo que cuenta ahora es que tú y yo somos libres. Libres para unir nuestras vidas, Honor…

—Calla, no sigas —le frenó ella, asustada, mirando a la puerta de la alcoba, convertida ahora en cámara ardiente—. Podría entrar cualquiera. No conviene que sospechen nada. Tiempo habrá, una vez sepultado Melvin, de disfrutar de esta libertad nuestra de ahora, querido…

Fue muy oportuna en adoptar esa prudente medida, porque la puerta se abrió, y Ralph Nordham entró en la cámara, seguido por Deborah y Hazel. Los tres se aproximaron a la cama, contemplando el cuerpo inmóvil de Melvin. Hazel no pudo evitar un ahogado sollozo.

—Dios mío, pobre tío Melvin… —gimió con voz dolorida.

Su madre le dirigió una fría, autoritaria mirada, y Hazel enmudeció. Deborah se inclinó de inmediato sobre Melvin y le contempló en silencio.

—Descansa en paz, hermano —musitó con sencillez. Luego, irguiéndose, miró con peculiar expresión a Honor, fingiendo ignorar la presencia de Peter Seymour—. ¿Cuándo será el funeral?

—Mañana a las cinco —musitó la viuda, desviando la mi rada de su cuñada—. Ya he avisado a la servidumbre para que esté todo preparado. La funeraria será informada esta misma noche. Después de todo, Melvin tenía dispuestas mu chas cosas para un momento como éste, Deborah.

—Lo sé —afirmó con glacial entonación la hermana del difunto—. Últimamente parecía demasiado seguro de la proximidad de la muerte, pese a su juventud, extraño, ¿no?

—Melvin siempre fue un joven bastante extraño —apuntó tímidamente Seymour.

Deborah Nordham le dirigió una ojeada gélida, y el administrador tragó saliva, sin pronunciar ninguna otra palabra. Cierta expresión de ira asomó levemente al gesto de la bella Honor, pero se guardó

mucho de expresarlo abiertamente.

En ese punto, el grito ronco de Hazel sobresaltó a todos. Se volvieron hacia ella con viveza, no exenta de cierto temor indefinible. La pelirroja muchacha contemplaba despavorida, con ojos muy dilatados, el cadáver de su tío, y se mordía la mano como para no gritar de nuevo.

—Hazel, ¿qué comportamiento es éste? —la reprendió severamente su madre—. ¿A qué viene semejante grito?

—Mamá, creí... creí que tío Melvin respiraba, que sus labios se movían ligeramente por un momento... e incluso que los párpados se agitaban... —susurró Hazel, mientras los servidores entraban con cuatro velones empotrados en sus respectivos soportes de hierro, para depositarlos en los cuatro ángulos de la cama.

—Qué tontería —resopló Deborah, con disgusto, mirando un momento el inmóvil rostro de su hermano—. Por desgracia nada de eso es posible ya. Tu tío Melvin está muerto, querida, hazte a esa idea. Tu imaginación te jugó una mala pasada, es todo.

—Yo creí... —balbuceó Hazel. Y la mirada de su madre la hizo enmudecer.

Prendieron los velones. Cuatro llamas ardieron, dando unas tonalidades sombrías al cuerpo rígido en el lecho. El rostro céreo de Melvin parecía una máscara, sobre la que las luces y las sombras jugueteaban tétricamente en la cámara ardiente.

—Vámonos de aquí —dijo con énfasis Deborah—, Creo que la viuda es quien tiene más derecho a orar y velar por el difunto en estos momentos. ¿Viene, señor Seymour?

—Sí, sí, claro —se apresuró a afirmar el abogado, tragando saliva —. Señora Nordham, si necesita algo... estaré en la biblioteca.

—No, gracias, Peter —respondió con fingida indiferencia la viuda —. Creo que, como bien dice mi cuñada, debo quedarme a solas unos minutos con Melvin.

Todos se encaminaron silenciosamente a la salida. Antes de abandonar la cámara, Ralph se volvió al lecho fúnebre, contempló a su primo Melvin y murmuró en voz alta:

—Descansa en paz, primo querido. Espero que seas feliz donde estás. Más feliz que en este mundo, cuando menos. Como nadie se lleva su fortuna a ese sitio donde ahora te encuentras, tampoco te perseguirán las envidias, los odios y las ambiciones.

Dirigió una ojeada que parecía casual hacia Honor, y abandonó la cámara con los demás. Apenas estuvo sola junto al cadáver, la viuda masculló con gesto colérico, centelleantes de odio sus hermosos ojos verdes:

—Malditos bribones todos... Fingen dolor y se sienten tan felices o más que yo, pensando en el dinero, en la fortuna de Melvin. Saben

que aunque yo me lleve la mejor parte, él nunca les olvidaría en su testamento... ¡Buitres repugnantes, ninguno sois mejor que yo misma, estoy segura de ellos!

Y en vez de velar respetuosamente al difunto, comenzó a pasear iracunda, entre crujidos de sus ropas negras de luto, mascullando entre dientes palabras amenazadoras contra sus parientes.

En el lecho, rodeado por la luz macilenta de los velones, que iban dando a la atmósfera del dormitorio un intenso aroma a cera caliente, el cuerpo inerte de Melvin Nordham era como un lúgubre muñeco de cera cuya presencia allí poco importaba.

Fuera, en la negra noche tormentosa, bramó otra vez el trueno apenas un zigzagueo cegador desgarró el oscuro cielo, mientras arreciaba la fuerte lluvia sobre la comarca.

*

Las campanas de la cercana abadía tañían a muerto. Llovía débilmente todavía, y el cielo de la tarde aparecía encapotado y sombrío, mientras la cripta del panteón familiar de los Nordham se abría en medio de un profundo silencio, y el cuerpo de Melvin Nordham, dentro de la suntuosa caja de caoba con incrustaciones de plata, pasaba al interior del recinto funerario en medio de un silencio respetuoso del cortejo fúnebre reunido allí bajo los negros paraguas.

Melvin Nordham, como católico practicante que era, no dispuso en su funeral de la presencia del reverendo Hopkins, sino del padre O'Rourke, llegado expresamente de Newcastle para aquella ocasión. Apenas pronunciado el responso final, se bendijo la cripta y fue cerrada su puerta vidriera ceremoniosamente.

El cortejo familiar inició el regreso a Nordham Manor, mientras los demás asistentes se dispersaban hacia sus respectivos puntos de origen. El sepulturero cerró con doble vuelta la puerta de la capilla, y entregó a la viuda Nordham la llave que aseguraba el acceso al interior de la cripta.

Los carruajes se alejaron por el suelo fangoso, ablandado y encharcado por la persistente lluvia torrencial de la noche anterior, que parecía amenazar en cualquier momento con retornar a azotar la comarca con igual fuerza que anteriormente.

Mientras tanto, en otro punto de Inglaterra, más al sur, un navío procedente de los Estados Unidos amarraba en el puerto de Dover, trayendo a bordo a un joven llamado Reed Garfield, a quien esperaba en las oficinas de la naviera un telegrama cursado por la viuda de Nordham aquel mismo día por la mañana, sabedora de que el buque en que Garfield anunciara su llegada a su difunto esposo, tenía prevista su arribada a puerto precisamente en aquella misma luctuosa

fecha, en lo que, al parecer, era sólo una extraña coincidencia...

Atrás, solitario en la caída de la sombría tarde lluviosa, quedaba el panteón familiar de los Nordham, con su fúnebre corte de invitados forzosos por una eternidad ocupando sus nichos murales. Una flamante lápida de piedra blanca, recién tallada, anunciaba en el nicho recientemente ocupado:

AQUI YACE MELVIN NORDHAM,
FALLECIDO A LOS VEINTIOCHO AÑOS DE EDAD,
EL 2 DE DICIEMBRE DE 1890.
DESCANSE EN PAZ ETERNAMENTE.

Dentro de aquella lápida, en el interior del nicho, bajo la recia caoba del féretro, un ser esperaba el momento de despertar para salir de allí en una macabra pirueta en los límites de la vida y de la muerte.

A las diez de aquella misma noche, se produciría el despertar de Melvin Nordham, dentro de su horrible encierro. Si todo funcionaba bien, en pocos minutos estaría fuera de la sepultura.

Pero... ¿y si algo fallaba?

*

Algo fallaba.

Era evidente. Tuvo esa vivida sensación atroz con repentina claridad. Un escalofrío de horror supremo invadió su cuerpo, y sintió éste bañado en un sudor helado.

—No, no... —jadeó—. ¡No puede fallar!

Lo intentó de nuevo. Era inútil.

Bajo el raso morado del forro del ataúd... ¡no había nada! Ni llave, ni nada que se le pareciera. Ni a la derecha, ni a la izquierda. Acababa de comprobarlo con espeluznante seguridad.

Melvin Nordham respiró hondo, pero de inmediato contuvo ese anhelo de buscar aire en su estrecho encierro de caoba y raso. Disponía de muy poco oxígeno allí dentro, para malgastarlo resoplando. Debía respirar con cautela, poco y espaciado, aunque ello aumentara su angustia, encerrado allí, tendido boca arriba, con aquella tapa forrada oprimiéndole casi el rostro, cerrándole con sus límites de pavor en un angosto hueco no mucho mayor que su propio cuerpo estirado.

Había despertado de su letargo, de su muerte aparente, sólo un minuto o dos antes. Le había costado unos segundos recordar, situarse, saber qué sucedía exactamente. Luego, casi con indiferencia, lleno de calma, había buscado las llaves de su derecha. Encontró el

compartimento, pero... ¡vacío! Ni una llave en él. Nada.

—Un error... —se dijo en ese punto, empezando a ponerse nervioso—. El maldito Godfrey olvidó esas llaves. Claro que están las del otro lado... Melvin, no te precipites, no pierdas la calma. Es una tontería. Saldrás de aquí en seguida...

Se serenó, respiró pausado, buscó con su zurda. Y entonces supo que algo fallaba, que algo andaba mal, muy mal.

Tampoco había llaves a la izquierda, nada de nada, sólo el compartimento secreto absolutamente vacío.

Los nervios se hicieron pánico. Por un momento estuvo tentado de aullar, de forcejear, de clavar sus uñas desesperadamente en la tapa del féretro, en el forro de resbaladizo y frío raso. Se contuvo. No, eso no. No podía perder ahora la calma. Mantener el dominio de sus nervios era vital.

Le vinieron atroces evocaciones, horripilantes recuerdos. Su relato preferido, la prosa alucinada y terrible del americano Poe... «El entierro prematuro», la catalepsia... ¡Enterrado en vida!

Todo aquello carecía de sentido, pensó tratando de serenarse. El no era un cataléptico. El sólo estaba llevando a la práctica un plan malévolo para desenmascarar a sus familia res, para saber quién era realmente cada cual. Honor, sobre todos.

Aquello era un juego. Sólo un juego, donde todo estaba, previsto. Todo, hasta los fallos. No debía temer nada.

Pero recordó algo que dijera el maldito doctor Hayden: «La muerte es algo demasiado serio para jugar con ello.» Y después, las palabras de Godfrey, el funerario: «No tendría ninguna gracia quedarse sepultado en ese hermoso ataúd... sólo por una broma...»

—Dios, no, no... —se dijo a sí mismo, angustiado, sin tiendo temblar sus manos frenéticamente—. Todo tiene arreglo. Lo dijo Godfrey. Y él nunca se equivoca. No hacen falta las malditas llaves. Ninguna falta. Bastará presionar el resorte que hay bajo mi talón, será suficiente apretar el pie... y la tapa se abrirá automáticamente. ¿Por qué habré sentido tanto miedo? Es ridículo. Voy a salir de aquí ahora mismo... ¡Ya!

Y presionó con sus talones en el fondo del féretro.

Lo hizo con fuerza. Esperó el chasquido del mecanismo, la tapa abriéndose para poder reptar fuera de ella, tomar herramientas y abatir la lápida...

Nada.

No hubo chasquido. Nada se movió. ¡El féretro no se abría!

El aire comenzaba a ser irrespirable, la sensación de asfixia, la claustrofobia en aquel recinto angosto, agobiante, jugaba su baza. Y el terror se imponía sobre toda razón en la mente alucinada de Nordham.

Probó una, dos, tres, cuatro veces. Pateó el fondo en vano. El ataúd seguía inamovible. Notó que desgarraba con sus zapatos el raso del fondo, pero no lograba nada práctico. No había llaves. Tampoco había resorte de apertura.

Cuando comprendió que todo había fallado, que ya no existía medio humano de salir de allí, que estaba condenado a morir sepultado vivo en el mismo panteón que él tan cuidadosamente preparara para su «broma», un espasmo de horror, de exasperación, de pánico infinito, asaltó y dominó todos sus sentimientos.

Allí, dentro de aquella cripta, convertida en cámara de terrorífica agonía para un hombre vivo, sonó un alarido largo, profundo, desgarrador.

Y luego otro, otro y otro, mientras el oxígeno respirable se agotaba rápidamente, y las uñas del sepultado se desgarraban, se rompían, entre dolorosas hemorragias que él ni siquiera sentía, en su esfuerzo desesperado, ingenuo e inútil, por salir de aquel hermoso ataúd, convertido en cámara mortífera para su ocupante.

CAPITULO IV

—Es terrible, señora. Era tan joven...

—Así es, mi querido señor Garfield —suspiró amargamente Honor Nordham con el pálido rostro hermoso aparentemente lleno de aflicción y dolor—. En plena juventud, lleno de vitalidad... le llegó la muerte de forma súbita, inesperada.

—Siempre puede suceder algo así a cualquier edad —contemporizó Reed con aire distraído—. ¿Qué resultados dio la autopsia, señora?

—¿Cómo? ¿Autopsia? —ella le miró, entre asombrada y escandalizada—, ¿Por qué habría de hacérsele autopsia alguna a mi esposo? Su muerte fue completamente natural y el médico se limitó a certificarla...

—Oh, lo siento. Pensé que, dada la inesperada brusquedad del óbito, el médico habría preferido estar seguro de las causas de la muerte.

—Lo estaba por completo —la respuesta de Honor fue ahora fría y algo seca—. El doctor Scragg es el médico familiar y había atendido a veces a mi esposo de afecciones ligeras, como resfriados y cosas así. Siempre sostuvo que Melvin poseía un corazón algo débil para su edad. Pero nunca esperamos ninguno que terminara así, tan súbitamente...

—Comprendo, señora. Hacía años que él y yo no nos veíamos. No podía saber cuál era su estado actual de salud, naturalmente.

—Y ha viajado tanto, para encontrarse sólo con esto... —musitó Honor, contemplando el aspecto varonil y atractivo de su visitante—. Debieron ser ambos muy buenos amigos.

—Lo fuimos, señora. Yo le debía la vida. Me hubiera gustado poder hacer algo por él, tratar de devolverle de alguna manera el favor...

—Por desgracia, ello no es posible —suspiró ella, alisando su negra falda mecánicamente y llevándose luego con discreción un pañuelo de encajes a la fina nariz—. Está muerto, y eso nada ni nadie puede ya evitarlo. Pero igual que se lo dije en el telegrama, puedo repetirle que, cuando se sintió indispuesto y comenzó a empeorar, me dijo algo que nunca olvidaré. Fue algo así como: «Honor, mi mejor amigo está al llegar... Dile a Reed Garfield... que recuerde nuestra amistad y no me olvide.» Después habló algunas otras cosas, pe ro ya incoherentes, y entró en coma, para no salir de él nunca más.

—Entiendo —Reed bajó la cabeza, aturdido, contemplándose las puntas de sus zapatos de charol—. ¿Le sepultaron ayer?

—Sí. A las cinco de la tarde.

—Más o menos cuando yo pisaba de nuevo tierra británica —Reed se cruzó de piernas, con mirada perdida en el vacío—. Iré hoy mismo a ver su tumba y rezar por él. Lamento no haber podido llegar ni siquiera al funeral. El tren que me trajo desde Dover era sumamente lento...

—Lo sé, señor Garfield —sonrió débilmente la viuda, poniéndose en pie con majestuosa arrogancia—. Ahora va a acomodarse aquí, y le esperamos en el salón para el almuerzo. Tiene tiempo de asearse un poco y cambiar de ropas, si lo desea.

—Pero señora, eso será abusar de su hospitalidad en tan ingratas circunstancias. Sería preferible que fuese a algún hotel de Newcastle y...

—No hablemos siquiera de eso —cortó ella—. Es el mejor amigo que tuvo Melvin jamás, y él querría que se le tratase como a tal en todo momento. Considérese aquí como en su propia casa. Sé que esta mansión no es lugar demasiado confortable, pero haremos lo imposible porque se sienta bien en ella.

—No sabe cómo le agradezco el detalle, señora —Reed se inclinó cortés ante la hermosa dama—. Procuraré causarles las menores molestias posibles.

—Por favor, eso no lo mencione —se acercó al muro y tiró de un cordón—. La doncella, Constance, le conducirá a su alcoba y le llevará el equipaje. A las doce y media le esperamos en el comedor, señor Garfield.

El asintió, besó la mano nacarada de Honor Nordham, con exquisita caballerosidad, y abandonó la estancia en pos. de las curvas cimbreantes de Constance, la joven y agresiva doncella de los Nordham, hacia la planta alta de la vieja mansión.

*

La larga mesa estaba dispuesta ya. Además de las luces de gas de la mansión, se había adornado el comedor con candelabros suntuosos, sosteniendo velas encendidas, pese a ser mediodía. La razón resultaba obvia: el cielo se había cubierto de un espeso nublado, de un gris plomizo, casi negro en el horizonte, y repentinamente parecía hacerse de noche en la lúgubre región donde se alzaba Nordham Manor. Soplaba un frío aire marítimo, cargado de humedad, y no resultaría raro que, no tardando mucho, comenzase a llover con intensidad.

Honor hizo las presentaciones de rigor. Reed fue saludan do cortésmente, de modo alternativo, empezando por Deborah Nordham, hermana del difunto Melvin, una decena de años mayor que él, quizá más aún. Era una dama sobria, elegante, de belleza algo ajada, porte aristocrático y expresión taciturna. Reed no supo si ese gesto suyo era

habitual en ella o producto de la reciente muerte de su hermano. A ella siguieron su hija Hazel, encantadora muchacha de adolescencia esplendorosa, rojiza cabellera, encantador rostro juvenil y atractivo sano y vital, a quien la tristeza de los hechos no impedía, de vez en vez, mostrar un asomo de sonrisa infantil en su bonito rostro aniñado; Ralph, primo de Melvin, un cuarentón severo, estirado y cortés, que parecía incapaz de sonreír; Brian, hermanastro de Honor, hombre fornido, atlético, de robusta contextura, rostro cuadrangular, sólido y ceñudo, bajo un cabello oscuro salpicado de canas, cuyo parecido con la viuda de Melvin eran por completo nulo. Finalizaron las presentaciones con dos personas ajenas a la familia Nordham, un hombre y una mujer. Él era el atractivo y afable Peter Seymour, abogado y administrador familiar; ella, una joven rubia, esbelta y discreta, vestida enteramente de gris, de ademanes modosos, rostro suavemente pálido, cabello peinado sobriamente hacia atrás, con moño en la nuca, ojos grises, suaves y perspicaces,. y expresión decidida. Podía tener lo mismo veinte que veinticinco años, y parecía la imagen misma de la eficiencia. Supo Reed que era Angharad Rice, enfermera al servicio del médico local, el doctor Richard Scragg, ahora provisionalmente al cuidado de Honor Nordham, que había sufrido al parecer una crisis de nervios con la muerte súbita de su marido, si bien Reed no alcanzó a descubrir en la hermosa viuda indicios claros de aquella supuesta crisis.

—Ahora, ya nos conoce a todos, incluidos nuestro mayordomo, Lukas Hodge, y nuestra doncella, Constance — informó Honor con gesto cansado, sentándose a la cabecera de la mesa, en una butaca de alto respaldo, parecida a un sitial, en cuya madera había sido tallado el escudo de armas de los Nordham: un campo de gules con un griffo en el cuartel de la derecha y un castillo a la izquierda, sobre ondas marinas. Se decía que nada menos que Enrique V había concedido a los Nordham, siglos atrás, aquel escudo, sus tierras y sus viejos títulos, perdidos luego no se sabía cómo.

Reed asintió, sentándose a almorzar, mientras la oscuridad en el exterior parecía más propia del inicio de una cena. En la distancia tamborileó un trueno sordamente, y Hazel, la jovencita Hazel, puso mala cara.

—Me temo que hoy tendremos tormenta otra vez —se quejó—. Detesto este clima.

—El norte de Inglaterra no es precisamente benigno en esta época del año —explicó Reed—. Pero les aseguro que tampoco lo es Nueva York. Es raro el invierno en que no tenemos que soportar fuertes nevadas y fríos intensos.

La conversación derivó hacia asuntos climatológicos, para luego ceñirse a las costumbres americanas. Todos los comensales parecían

muy interesados en cuanto Garfield pudiera relatar de su país, como si ello pudiera dar una nota de exotismo a la charla.

Reed no rehuyó extenderse en ese tema, mientras observaba con disimulo a sus interlocutores. Se preguntó qué era lo que Melvin podía temer de ellos. La carta no había sido muy explícita en ese punto. Cierto que temía ser asesinado, cierto que su muerte distaba mucho de mostrarse clara, pese al certificado de defunción extendido por el doctor Scragg, pero ¿era factible que una de aquellas educadas, amables y tranquilas personas que charlaban con él trivialmente en torno a una bien servida mesa pudiera ser un asesino en potencia, capaz de haber eliminado a sangre fría a un hombre como Melvin?

Se resistía a imaginarlo, pero él estaba allí por su viejo amigo, lamentaba haber llegado demasiado tarde para intentar salvar su vida, y estaba dispuesto a llegar todo lo lejos posible si era preciso, para descubrir la verdad sobre su muerte.

Durante el almuerzo, mientras el estirado e impasible mayordomo Hodge dirigía el servicio, la doncella, Constance, se .rozó repetidas veces con él al servirle, como si ello fuera casual. Reed estaba seguro de lo contrario. Aquella joven doncella, de formas agresivas y busto prominente, parecía buscar el contacto intencionadamente. Una de las veces captó la mirada maliciosa de Deborah Nordham, la hermana de Melvin, fija en él cuando Constance le rozó el hombro con uno de sus robustos pechos. Casi una sonrisa asomó, ladina, a los delgados labios de la dama, pero nadie lo notó.

Terminado el almuerzo, pasaron a un salón encristalado, que asomaba al jardín de la mansión, bastante descuidado por cierto. Ya estaba comenzando a llover con gruesos goterones, y Honor se disculpó con todos, subiendo a sus habitaciones en compañía de su joven enfermera Angharad. Reed tomó un brandy y fumó un cigarro, en compañía de Ralph, Brian y Peter Seymour, mientras las mujeres se dispersaban por la casa.

—Y bien, amigo Garfield, ¿qué piensa usted de la vieja Inglaterra y de sus costumbres, en contraste con su joven mundo americano? —indagó curioso Ralph, el primo de Melvin.

—Conozco demasiado su país para sorprenderme por nada —sonrió Reed—, Tenga en cuenta que viví en él de niño y de muchacho, estudié en Londres y Oxford, y sólo cuando ya me había graduado regresé con mi familia a los Estados Unidos para hacerme cargo de los negocios familiares. Ha sido como volver a sentirme en un ambiente familiar.

—Usted y mi cuñado eran muy amigos, ¿verdad? —preguntó Brian Jackson.

—Mucho —los ojos de Garfield estudiaron distraídamente al hermanastro de Honor—, Por eso estoy ahora aquí, señor Jackson.

—No me diga que presentía la muerte de mi primo... —se sorprendió Ralph.

—Nada de eso —negó Reed—. La temía. Pero llegó demasiado pronto.

Ralph y Brian enarcaron las cejas, cambiando entre sí una mirada perpleja, no demasiado tranquila. Fue el hermanastro de la bella viuda quien habló:

—Temo no entenderle bien. ¿Dice que temía la muerte de Melvin? ¿Sabía que estaba enfermo acaso? Porque lo que es nos otros, no sabíamos nada de eso...

—Sabía algo más que eso. Melvin me había confesado que temía morir violentamente.

—¿Qué quiere decir? —se escandalizó Ralph, casi cayéndole el cigarro de los labios—. ¿Qué significa eso de «violentamente», señor Garfield?

—Asesinado, por ejemplo —dijo calmoso el joven americano.

En la puerta, tembló una vajilla y luego algo se hizo añicos. Todos se volvieron, sobresaltados. En el umbral de la sala se hallaba Constance, la doncella, con una bandeja conteniendo servicios de café. Acababa de estrellar una fina taza contra el suelo. Su mirada estaba fija en Reed.

—¿Qué diablos le ocurre, Constance? —se irritó Brian Jackson—, Ha roto una taza...

—Lo siento, señor —se excusó ella débilmente—. Ha sido una torpeza por mi parte. Les traía el café... Iré a por otro servicio, disculpen...

Recogió los fragmentos de la taza rota precipitadamente, sin mirar a nadie, y se alejó con presteza, perdiéndose en el corredor. Ralph se expresó agriamente:

—La servidumbre siempre espiando, escuchando conversaciones... —frunció el ceño, meneó la cabeza y miró con cierto disgusto a Garfield—. Su sugerencia fue de muy mal gusto por cierto, señor Garfield. No debió emplear la palabra «asesinado». Primo Melvin murió de un paro cardíaco, está clínicamente confirmado.

—Es posible —aceptó Reed con escepticismo—. Pero nadie le hizo aún la autopsia. Y resulta muy casual que él me pidiera ayuda porque temía ser asesinado en esta misma casa... y a mi llegada desde América sólo encuentre su cadáver ya sepultado. Ahora, caballeros, discúlpenme. Me siento can sado de tanto viaje y quiero reposar un par de horas, si no les importa.

Les dejó en la sala encristalada, mientras la lluvia corría mansamente por las vidrieras, y el trueno sonaba cada vez más cerca. Ralph Nordham y Brian Jackson se miraron en silencio, sin comentar nada.

—Asesinado... —musitó al fin Ralph, yendo hacia las vidrieras—, ¿Por quién? Es lo más absurdo que oí nunca...

*

No todo el tiempo de aquella lluviosa, fría y triste tarde lo dedicó Reed a descansar, como dijera. Se sentó ante el secreter de su alcoba y escribió en unas hojas durante largo rato, mientras la tormenta restallaba allí fuera. Tenía que alumbrarse con un quinqué que derramaba su claridad amarillenta por las blancas hojas en que él estaba trazando una cuidada semblanza de cada habitante de la mansión, junto a las posibilidades de que cualquiera de ellas pudiera haber planeado minuciosamente el asesinato de Melvin, disfrazándolo de muerte natural.

Ignoraba si existía testamento alguno, pero si no era así, todo iría a parar a Honor, su viuda, ya que carecía de hijos de su matrimonio. Por tanto, ella sería la única beneficiada. Pero si existía una última voluntad, podía haber legados importantes para Deborah, su hermana, y para Ralph y su sobrina Hazel, dada la fortuna del difunto. Por tanto, todo eso pertenecía aún al mundo de la pura hipótesis.

Fatigado de tanto escribir y darle vueltas a su cabeza, dobló los folios y los guardó entre sus cosas, tumbándose en la amplia cama provista de dosel, donde pronto le venció el sueño y el cansancio de tan largo viaje.

Despertó antes de las cinco de la tarde y salió de la casa, aprovechando que había dejado de llover, para ir a visitar el cercano cementerio. Hodge puso a su servicio para tal efecto, un calesín conducido por el jardinero Dekker. Partieron hacia el camposanto, por la carretera de Newcastle, mientras el buen jardinero no cesaba de hablar, refiriéndose a la excelente salud de que siempre había gozado su difunto señor, y a su repentino cambio en los últimos tiempos, en que se volvió más huraño y distante. Reed le escuchaba con sumo interés, haciendo de vez en cuando preguntas para ahondar en ciertos temas.

—¿Cree usted que su señor temía últimamente por su vida? —indagó en cierto momento con aparente indiferencia.

—Ahora que lo dice, señor, es posible que fuera así. Le llevé en una ocasión a visitar al señor Godfrey, el sepulturero local, y estuvo hablando con él largo tiempo. Al salir, le estaba abonando una respetable suma en guineas de oro, pero que yo sepa, ninguna amistad del señor había fallecido por esas fechas. Luego, cuando murió, el señor Godfrey sorprendió a todos, llevando un hermoso féretro a la casa encargado al parecer por el señor Nordham tiempo

atrás. Si eso no es presentir la propia muerte... Además, estaban sus visitas al sepulcro...

—¿Al sepulcro? —el interés de Reed iba en aumento pero lo disimulaba lo mejor posible.

—Sí, al de la familia Nordham. Es muy hermoso, ya lo verá usted, pero eso no justifica que uno vaya a visitar con frecuencia el lugar donde piensa ser enterrado, a menos que se viva obsesionado por la idea de una próxima muerte, ¿no cree usted?

—En efecto —asintió Garfield frotándose el mentón, pensativo—. Supongo que eso ocurrió en los últimos tiempos...

—Así es, señor. Cosa de un mes antes de morir el señor Nordham... Luego me pareció ya extrañamente tranquilo, como si sus temores se hubieran dispersado... o como si estuviera totalmente resignado a su cercano final. Y sin embargo, el doctor dice que su salud era buena y todo se debió a un repentino paro cardíaco...

Reed le dejó seguir hablando sin interrumpirle. Una vez en el camposanto, contempló admirado el hermoso mausoleo familiar donde reposaban todos ellos. Le hubiera gustado entrar, ver el sepulcro de Melvin por dentro, ver su lápida. Pero la tarde se hacía noche rápidamente, el cielo no presagiaba nada bueno, y ni él ni el jardinero llevaban consigo las llaves del recinto funerario.

Regresaron en silencio a la mansión, mientras comenzaba a llover. Lo hacía ya torrencialmente cuando llegaron. Al entrar, descubrió a Honor hablando en la biblioteca con Pe ter Seymour, ambos con las manos cogidas, en actitud confidencial y demasiada tierna para una simple relación viuda-administrador. Ellos se percataron de su presencia en el vestíbulo y soltaron rápidamente sus manos, separándose mientras Reed colgaba su macferlán, empapado de agua de lluvia, y se frotaba las manos, ateridas por la fría caricia del viento húmedo.

Reed siguió hacia la sala sin aparentar haber visto nada. Hodge le sirvió momentos más tarde un oporto, y le anunció que se cenaría a las ocho en punto, siempre con su aire estirado y severo, muy propio de un mayordomo británico. Reed tenía tiempo de vestirse para la cena, de modo que tomó un periódico de un estante, con gesto distraído y se puso a leer noticias de días atrás, aunque su mente seguía reflexionando sobre lo que acababa de ver. Honor Nordham y Peter Seymour... ¿Un romance adúltero a espaldas de Melvin? ¿Un triángulo resuelto con un asesinato? Era una posibilidad bastante razonable. Ahora, ella era posiblemente la dueña de toda la fortuna de Melvin. Además, era hermosa. Y Seymour un joven bastante agraciado, de los que gustan a las mujeres.

Alguien interrumpió sus pensamientos con voz jovial:

—¿Aburrido de soportar nuestro horrible clima?

Alzó la cabeza. Miró a Hazel sobre el periódico. Se incorporó, cortés.

—No, no —sonrió—. Ya le dije que tampoco Nueva York es una delicia en esta época del año, señorita Nordham.

—Oh, por Dios, no me llame así —se quejó ella con un mohín travieso—. Me hace sentir mayor. Y aunque me encanta ser ya mujer, no deseo ser tratada como toda una dama, no aún, naturalmente. ¿No le gusta mi nombre para llamarme por él, Reed?

—Claro que sí —rió suavemente el americano—. Hazel es un nombre precioso. Como quien lo lleva.

—Gracias —los ojos de ella, grandes y risueños, de un color pardo turbador, se fijaron en él con dulzura—. Usted tampoco es mal parecido. Me gusta mucho. Debe tener locas a las chicas americanas, seguro.

—Pues me temo que si es así no me he dado cuenta de ello —admitió él con gesto divertido—. Usted sí robaría corazones a mansalva en el pueblo americano. Son muy impulsivos y enamoradizos. ¿No se siente demasiado sola aquí, rodeada de gente mayor?

—Un poco, la verdad —admitió ella, turbada, bajando la cabeza—, Peter es el más joven, pero... bueno, no creo que se haya fijado siquiera en mí. Cuando usted llegó, sentí como si un soplo de juventud y vitalidad penetrara en la casa. Fue algo casi físico, Reed. Es muy joven aún, ¿verdad?

—No tanto como usted. Fui compañero de estudios de su tío Melvin.

—Lo sé. ¿Por qué no nos tratamos con mayor confianza y familiaridad? Eres un chico joven, pese a todo. Más de lo que realmente cuentas en años. No te echaría más de veintidós años, palabra. Y yo tengo ya dieciocho... Hacemos buena pareja, ¿no te parece,

insalvable entre hombre y mujer —confesó él riendo—. ¿Querías mucho a tu tío Melvin?

La pregunta había sido inesperada. Pero Hazel no se sobresaltó por ella. Se limitó a afirmar, mientras sus ojos se ensombrecían.

—Mucho —musitó—, era un gran hombre, bueno, afectuoso, sensible...

—¿Estaba raro últimamente?

—Sí, bastante —la muchacha le miró, pensativa—. Parecía otro. Triste, ausente, preocupado...

—¿Enfermo también?

—No, no lo parecía. Pero debía estarlo, claro, para pasarle lo que le pasó.

En ese momento, una voz interrumpió con suavidad desde el

acceso a la sala:

—Dentro de media hora se sirve la cena. Hazel, ve a vestirte.

—Sí, tía Honor —dijo dócilmente la muchachita, mirando un momento a la viuda de su tío, que aparecía en el pasillo, acompañada de su enfermera, la rubia Angharad, que la estaba sirviendo en ese momento una cucharada de algún medicamento—. Hasta luego, Reed. Creo que en América no se visten para cenar, ¿verdad? Son más prácticos y cómodos tus compatriotas, no hay duda de eso.

Y corrió jovialmente hacia las escaleras, por las que desapareció a la carrera. Honor tomó su cucharada y meneó la cabeza, con sonrisa comprensiva.

—No le haga demasiado caso, Garfield —dijo—. Pese a ser una mujer en lo físico, sigue siendo aún una chiquilla. Melvin la mimaba demasiado, siempre se lo dije. Incluso Deborah, su madre, se lo reprochaba a veces.

—Es muy joven y se siente sola aquí —comentó Reed—. Es natural que trate de evadirse lo más posible del ambiente que la rodea, señora Nordham. Ahora, discúlpeme. Yo también debo subir a vestirme.

Se excusó, con una leve inclinación, y se alejó seguido por la mirada calculadora de Honor Nordham y la sonrisa tímida de Angharad Rice, la enfermera.

Al entrar en su alcoba, el papel doblado sobre la cabecera de su cama atrajo de inmediato su atención. Se acercó a él. Lo desdobló. Era una de las hojas con membrete de los Nordham, tomada del secreter donde él escribiera antes. Su texto era breve, escrito con una letra poco cultivada, algo tosca, y bastante apresurada:

«Esta noche a las doce, en el salón de armas, al final del pasillo superior. No falte. Es importante. Le revelaré algo muy importante sobre el señor Nordham y su muerte.

»Constance.»

—La doncella... —Reed arrugó el ceño, pensativo—. ¿Qué tendrá que decirme? ¿Sabe realmente algo importante, o es un truco para atraerme a una cita de otra clase?

Rompió el papel en menudos fragmentos y lo quemó luego en los leños del hogar de su habitación, antes de cambiar se para la cena.

*

Ya todos se habían retirado a descansar. El reloj de bolsillo de Garfield marcaba las doce menos diez minutos. En la mansión reinaba el silencio.

Durante la cena, Constance se había cuidado de no rozarle en ningún momento, como durante el almuerzo. Es como si pretendiera disimular lo más posible un interés hacia él. ¿Por qué ese cambio? Entre la comida y la cena, sólo una cosa pudo cambiar así a la frívola doncella: la palabra «asesinato», pronunciada en la sala de vidrieras, y que le hizo a ella romper una taza de café.

Reed se cubrió con una bata de seda azul, que anudó a su cintura. Traía consigo algo que en ningún momento sacara antes de su valija. Ahora lo extrajo, examinándolo antes de meterlo en un bolsillo de su bata.

Era un revólver americano, un flamante «Smith & Wesson» calibre 38, con sus seis balas en el cilindro. No había querido viajar sin él, habida cuenta de los temores expuestos por Melvin en su extraña carta. Ahora tal vez podía necesitarlo.

Salió de su alcoba justamente a las doce menos dos minutos. Sabía que la sala de armas se hallaba al fondo del corredor. Con la luz de su habitación apagada, salió sigilosamente, al corredor. Un macilento reflejo de una luz que permanecía encendida toda la noche, allá abajo en la planta inferior, se extendía por el alfombrado corredor, a cuyos dos lados .se hallaban las cerraduras puertas de los alojamientos de los habitantes de Nordham Manor.

Caminó cauteloso sobre la alfombra, procurando no producir el más leve ruido. Sus botas pisaban con todo cuidado, sus ojos permanecían avizor, su diestra hundida en el bolsillo, rodeando con sus dedos la culata del revólver.

La puerta de la sala de armas estaba cerrada. Era alta y pesada, de madera tallada, con el escudo de los Nordham en su centro. Probó a abrirla. Cedió despacio, con un leve chirrido que casi le sobresaltó, en el silencio profundo de la casa.

Asomó a la sala en sombras. El lejano resplandor le reveló hileras de espantables armaduras en pie por el salón, como remotos guardianes medievales, rígidos en la oscuridad de la noche, vigilantes y ominosos. En los muros, panoplias y escudos de armas, muchos de ellos parte de la historia de la familia. Un lugar frío e inquietante para la cita de media noche con una mujer de dudosa moralidad como Constance.

Entró, cerrando la puerta tras de sí con todo cuidado. La oscuridad se hizo completa. Iba preparado para eso. Prendió un fósforo de la caja que llevaba consigo. La débil llama agigantó las figuras de metal oxidado, y las sombras que bailotearon en los muros eran como espectros amenazadores surgiendo del pasado.

Reed avanzó entre todo ello parsimonioso. Prendió otro fósforo, cuando se agotaba el primero. Eran ya las doce en punto. Se preguntó cuándo llegaría Constance a su misteriosa cita.

Fuera, fulguró un repentino relámpago cuando se le apagó el segundo fósforo. La claridad cárdena penetró con violencia por las vidrieras emplomadas, llenando de un resplandor espectral el recinto. Bajo los yelmos vacíos, imaginarios ojos parecieron escudriñar al intruso llegado de lejanas tierras paganas para ultrajar su quietud de siglos.

Garfield se paró en seco. No todos eran ojos imaginarios brillando al resplandor del rayo. Mientras el estampido del trueno hacía vibrar las vidrieras, buscó con premura un nuevo fósforo y avanzó hacia una gran panoplia de armas medioevales, bajo la cual había creído ver el brillo de una mira da fija en él

No necesitó prender el fósforo. Un segundo relámpago invadió de claridad la sala de armas, haciendo centellear siniestramente el metal de las armaduras... y los ojos vidriosos, desorbitados, de una persona sentada en un sitial de madera labrada, justo bajo la panoplia de armas medioevales.

Reed dio un paso atrás, lanzando una sorda imprecación de horror, y sacó su revólver del bolsillo, amartillándolo prestamente.

Sentada en aquel sitial de madera se hallaba Constance, la doncella. Sus desorbitados ojos le contemplaban, opacos y desorbitados, desde más allá de este mundo. Un mazo de guerrero medioeval, rematado en una enorme bola de pinchos, le había masacrado el cráneo, hundiéndole la masa encefálica y destrozando su bóveda craneal. La sangre corría copiosa entre sus cabellos rojos, hundidos hasta sus cejas entre huesos reventados. Regueros de sangre espesa alcanzaban sus pechos semidesnudos, para chorrear luego por la canal y gotear al suelo...

En alguna parte de la casa, una risa aguda, sibilante, demoníaca, restalló en ese momento, llevando un escalofrío al rígido cuerpo de Reed Garfield.

SEGUNDA PARTE
EL RESUCITADO

CAPITULO PRIMERO

El constable Campbell se frotó su nariz roja, resopló con disgusto y anotó algo en un bloc, mientras contemplaba ceñudo a sus interlocutores.

—Es un feo asunto —dijo—, muy feo.

Nadie comentó nada. Entre otras cosas, porque e> comentario del policía local era de una banalidad estremecedora. A nadie se le ocurriría ni remotamente que hallar el cadáver de un ser humano, aplastado el cráneo por un mazo de hierro medieval, pudiera tener algo de encantador o atractivo.

Calmosamente, se acercó a la difunta Constance y le echó encima una manta traída para ese caso por el eficiente Hodge, algo más sombrío que de costumbre. Dejar de contemplar el rostro horriblemente desfigurado de la infeliz sirvienta, con su cráneo hundido y sus ojos casi saliendo de las órbitas bajo un baño terrible de sangre, no significaba olvidar que bajo aquella manta seguía su espantosa existencia, evidencian do ya sin lugar a dudas la presencia de un feroz, despiadado asesino entre los habitantes de Nordham Manor.

—Va a tener que explicar usted muchas cosas, señor Garfield —dijo de repente el policía, volviéndose y señalándole con su lápiz mal afilado.

Era otra perogrullada del constable Campbell, pero eso no podía sorprender a nadie, salvo al propio americano en todo caso. Allí, todos sabían que las luces del buen policía local distaban mucho de ser una lumbrera.

—Estoy dispuesto a explicarlo todo satisfactoriamente, constable —respondió calmoso el joven norteamericano—. Mi presencia en Inglaterra en estos momentos tiene, igualmente, mucha relación con un posible asesinato: el de Melvin Nordham, dueño de esta casa.

Hubo un murmullo de sobresalto y reproche en todos los presentes. Honor palideció intensamente, aferrándose a Angharad, que la sujetó con firmeza, confortándola.

—Dios mío... —balbuceó la viuda amargamente—. No puede hablar así de mi marido, Garfield, Bastante dolor es haberlo perdido para que, encima, usted haga monstruosas insinuaciones.

—No son insinuaciones mías, señora —dijo con frialdad Reed—. Mostraré en su momento una carta manuscrita del propio Melvin, en el que él afirma sus sospechas de morir asesinado en cualquier momento por una de las personas aquí presentes. Eso es lo que me hizo venir apresuradamente" a Inglaterra, aunque de forma tardía, y

lo que esta noche me llevó a acudir a una cita con la doncella Constance, que deseaba revelarme cierto secreto importante sobre su difunto señor.

—Recordando el modo en que ella se rozaba con usted ayer, durante el almuerzo, señor Garfield, yo diría que esa cita con Constance debía de ser por motivos muy diferentes... —señaló con malevolencia Deborah Nordham.

—¿De modo que esas tenemos? —Campbell arrugó el ceño y su nariz aún se puso más roja—. Señor Garfield, la joven víctima tenía los pechos casi desnudos, sólo se cubría con unas prendas interiores... Eso parece confirmar lo que dice la señora Nordham... ¿No vino usted a reunirse con ella aquí, clandestinamente, para un encuentro amoroso, perdió usted los estribos por alguna razón, y la asesinó brutalmente descolgando ese mazo de la panoplia?

—No diga tonterías, constable —se irritó Reed—, Yo no tenía el menor motivo para matar a esa pobre chica. Lamento haber destruido por prudencia el mensaje que ella dejó en mi alcoba, pero si el propósito de ella era, además de revelarme algo, aprovechar la ocasión para algo más íntimo, eso no es culpa mía. La carta de Melvin Nordham podrá probar le que no estoy aquí por capricho, y que mi intención es, -ya que no puedo ayudar a mi viejo camarada a volver a la vida, tratar de que se haga justicia y, si fue asesinado como sospecho, que su asesino pague sus culpas. Ahora, ese criminal tiene otra muerte sobre su conciencia: esa pobre doncella.

Campbell pareció darse cuenta de que no podía hacer acusaciones alegremente, se atusó el bigote, tan rojizo como la punta de su respetable nariz, y carraspeó con aire de suficiencia, como si su mente estuviera trabajando a toda presión.

—Veremos, veremos —contemporizó, sin comprometerse a nada —. Ahora, salgamos todos de aquí, por favor. El cadáver será llevado a Newcastle para hacerle la autopsia. Y si usted puede probar, señor Garfield, que la muerte de Melvin Nordham encierra algún punto sospechoso, tal vez el juez acceda a una exhumación de sus restos para otra autopsia.

—¡Eso es indigno, intolerable! —protestó vivamente el abogado Seymour—. En nombre de mi cliente, la desdichada señora Nordham, que tanto sufre ya sin necesidad de tan horribles trámites, protestó contra esa simple insinuación enérgicamente y me niego a que el cadáver de su esposo sea exhumado!

—¿A qué teme usted, señor Seymour? —insinuó suavemente Reed con un gesto agrio.

Seymour le dirigió una mirada airada, como si fuese a replicar violentamente, pero la salida de la sala de armas, convertida en macabro escenario de la presencia del cuerpo ensangrentado de

Constance, pareció limar algo la aspereza del momento, tal vez porque también en ese punto Angharad Rice, la enfermera, elevó su suave voz para hablar con Honor Nordham en plan profesional:

—Creo que debería retirarse a descansar, diga lo que diga la policía, señora Nordham. Su estado de salud, sus nervios, no pueden soportar tantas pruebas seguidas.

—Claro, claro —afirmó con énfasis repentino el constable Campbell—. Váyase a sus habitaciones, señora. Cuando tenga algo que preguntarle, la visitaré en ellas con mucho gusto. Siga las instrucciones de su enfermera. La señorita Rice es una persona muy eficiente en su trabajo y tiene razón al hablar así.

Honor agradeció con un gesto la deferencia del policía y, apoyándose en el brazo de la enfermera, inició la marcha hacia la escalera del fondo del amplio vestíbulo. Los ojos grises de Angharad se cruzaron fugazmente con los de Reed Garfield. Y éste se preguntó si era imaginación suya, o había un destello de astucia y de muda advertencia en aquella mi rada femenina. ¿Astucia hacia qué? ¿Advertencia contra qué?

Apartó esa idea de su mente cuando se sintió cogido por el brazo y apartado del resto de los habitantes del castillo. Para su sorpresa, era el propio constable quien así le tomaba, con expresión benigna, mucho menos agresiva que momentos antes en la vetusta y tétrica sala de armas de la mansión, a cuyas armaduras, panoplias y grandes vidrieras emplomadas, poco o ningún favor le hacían las luces de candelabros y quinqués.

—Señor Garfield, tal vez me mostré algo brusco con usted hace unos minutos hizo notar el policía apaciblemente.

—Sin duda alguna. Parecía sospechar usted que había venido de mi país, atravesando el Océano, justamente para matar a una vulgar doncella aquí, en Newcastle.

—Le ruego me perdone. Nunca imaginé tener que investigar un caso de asesinato, y además tan espeluznante, en una casa respetable como Nordham Manor.

—Supongo que tampoco imaginó nunca que la muerte de Melvin pudiera ser otro asesinato, cometido con toda sangre fría bajo este techo señorial.

—Cierto, muy cierto —se atusó su bigote con aquel aire de darse importancia que resultaba incluso ridículo—. ¿Cuál es su profesión, señor Garfield?

—Naviero. Llevo importantes negocios de flete de barcos en Nueva York. Tuve que dejar todo eso para venir aquí a tratar de ayudar a mi amigo Melvin.

—Sí, entiendo, entiendo —asintió el policía—. ¿No le sugirió el señor Nordham ninguna posibilidad concreta sobre el presunto

culpable de su muerte?

—Ninguna, parecía sospechar de sus propios familiares, pero eso es todo. Le mostraré luego la carta, la guardo muy cuidadosamente.

—Se lo agradeceré con sinceridad, amigo mío —declaró el constable con sorprendente amabilidad. De pronto arrugó el ceño, su roja nariz pareció moverse, husmeando algo, y Reed observó que miraba con alguna perplejidad al mayordomo Hodge, que estaba franqueando el paso a la casa en esos momentos a un hombre de uniforme, sin duda alguna un subordinado de Campbell, joven, flaco y algo aturdido. Su tono cambió de súbito—: ¿Qué mil diablos hace ahora aquí, Bob?

El joven policía se volvió, atribulado, saludando precipitadamente con respeto. Tragó saliva, haciendo subir y bajar cómicamente su abultada nuez, para lograr articular unas pocas palabras precipitadas y torpes:

—Perdone, señor. Vengo a toda prisa en bicicleta. Es un asunto urgente. Se trata del señor Godfrey, el funerario. Acaban de encontrarle ahorcado en su almacén de ataúdes…

*

El doctor Scragg meneó la cabeza, cerrando su maletín, mientras el carruaje sanitario partía a toda prisa calle arriba desde la lujosa funeraria de Derance F. Godfrey.

—Por poco no lo cuenta —masculló—. Ese ataúd que se deslizó al suelo desde la pared, sin duda a causa de los pataleos de Godfrey al encontrarse colgado, le sirvió para apoyar levemente sus pies en él y evitar el estrangulamiento o la rotura de su cuello. Puede decirse que vivirá, pese a su actual estado, pero por puro milagro. De otro modo, ya sería cadáver hace tiempo.

Campbell asintió, con su hirsuto ceño fruncido. Era obvio que tantos acontecimientos oscuros y trágicos estaban rebasando sus limitadas posibilidades. Reed Garfield, a su lado, se limitó a echar una ojeada al lúgubre interior del almacén, repleto de ataúdes, algunos de gran lujo y otros de tipo común. Una soga con nudo corredizo oscilaba todavía, ya sin su humano fruto, colgando encima de un lustroso féretro de madera negra barnizada. Se veían las rozaduras de los pies de Godfrey sobre la madera de la caja. Una gruesa viga sostenía la soga del ahorcado.

—Curiosa paradoja —comentó Garfield—, Un ataúd salva la vida de un hombre…

Le miró Campbell sin comentar nada. El joven norteamericano apartó sus ojos de aquellas formas oblongas, oscuras y tétricas, que hablaban de muerte, de silencio, de un más allá tenebroso y eterno,

donde ahora se hallaba una persona tan entrañable como su amigo Melvin, tan vital como la provocativa Constance… y donde a punto estuvo de penetrar también, para no volver más, el propio fabricante de ataúdes víctima de tan extraño ahorcamiento.

—¿Cree que Godfrey es un hombre que podía atentar contra su vida repentinamente? —preguntó al policía.

—No, cielos, no —rechazó éste vivamente—. Es un hombre saludable, fuerte, jovial pese a sus más de cuarenta años, viudo por dos veces, alegre aun con ese trabajo que realiza… No, yo diría que nunca le hubiera imaginado intentando suicidarse.

—Por tanto, alguien pudo colgarle de esa soga contra su voluntad…

Campbell pestañeó, asustado por la sugerencia que implicaban las palabras de Garfield.

—Cielos, no —jadeó—. No estará insinuando otro posible asesinato…

—¿Por qué no? —Reed se encogió de hombros—. Godfrey se ocupó de las honras fúnebres y del féretro de Melvin. Este le había encargado anticipadamente su propio ataúd, cosa que rara vez hace nadie, por amenazado que se sienta… Hay algo muy raro en todo esto. Algo que no alcanzo a comprender, constable…

—Sí, yo también —confesó el policía, que posiblemente no entendía nada de nada—. Habrá que esperar a ver si tenemos suerte y el pobre Godfrey se recupera y nos relata lo sucedido… Iré al hospital en cuanto vuelva en sí, si es que así sucede.

—Dios lo quiera —asintió Garfield pensativo—. Necesitamos saber lo que pasó hoy aquí, tal vez sea importante para tratar de ordenar tanto hecho confuso y sin sentido. Ahora debe disculparme, constable. Me siento algo alterado. Creo que me conviene dar un paseo por ahí.

—Claro, claro. Podrá encontrarme en el puesto de policía o en el hospital durante toda la tarde y noche… También quiero asistir a la autopsia de la pobre doncella de los Nordham, en la Morgue local, a cargo del doctor Scragg.

—¿Es el único médico en esta población? —indagó distraído Reed.

—¿El doctor Scragg? Sí, el único… Bueno, hay otro médico, pero a ese creo que le quitaron la licencia por prácticas prohibidas. Ya sabe, experimentos con cadáveres robados y cosas así… El doctor Hayden ya no ejerce como tal.

—¿El doctor Hayden? —el interés asomó a la voz de Reed—, ¿Vive aquí también?

—Sí, en una vieja casona aislada, cerca de los acantilados, en el camino de Gosforth. Es un tipo solitario, extraño y retraído, que nunca recibe a nadie.

—Entiendo —Reed movió la cabeza, iniciando su marcha calle

abajo—. Hasta luego, constable. Le veré en su oficina o en el hospital más tarde.

Se alejó, tomando un coche de punto en una parada del lugar donde sólo había los tres únicos carruajes de alquiler de Newcastle. Al cochero elegido no le gustó la dirección que el norteamericano le dio al subir:

—Vamos al cementerio. Podrá irse cuando me deje allí, ya volveré yo solo.

El cochero torció el gesto, azuzó a sus caballos y arrancó de mala gana, camino del cercano camposanto, bajo un cielo nuboso, sombrío y amenazador. El crudo cierzo otoñal agitaba los arbustos al paso del vehículo, y los ojos pensativos de Reed Garfield veían pasar al lúgubre paisaje de Northumberland por las ventanillas del vehículo, con su mente concentrada en los extraños, siniestros acontecimientos que habían comenzado a desarrollarse en aquella comarca a raíz de la repentina muerte de Melvin Nordham.

CAPITULO II

Otra vez la cripta, la suntuosa, ostentosa y bella cripta de los Nordham: ángeles de piedra, cruces de mármol, una bóveda de capilla, una verja, vidrios emplomados multicolores... y la cripta dentro, con los cuerpos de la familia. El de Melvin, el último de todos ellos.

Los ojos de Garfield se mantuvieron fijos en la estructura de piedra, fastuosa y cara, orgullo de la familia de Nordham Manor desde hacía dos siglos. Había sido revocada y mejorada varias veces, ello era evidente, pero el panteón familiar era realmente espléndido y nada sobrecogedor.

Sin embargo, Reed no podía evitar una rara sensación al enfrentarse a él. Era como si aquel monumento sepulcral guardara algún torvo e impenetrable secreto, tan inaccesible como la misma muerte. La impresión, a veces, resultaba casi física. Dio vueltas en torno, preguntándose por qué experimentaba aquello. El sólido bloque de piedra y mármol no le reveló su secreto, si es que existía más allá de su propia mente.

—Es como si el propio Melvin, desde ultratumba, pretendiera decirme algo —musitó Garfield hablando consigo mismo, en la soledad de! cementerio, cual un nuevo Hamlet enfrentado al gran misterio de la vida y de la muerte, al silencio eterno del más allá, aparentemente tan cercano en aquel lugar, y sin embargo siempre tan lejano e inaccesible.

De pronto, esa misma sensación se le hizo aún más vivida. Pero esta vez no era como sentirse asaltado por una vaga impresión indefinible. Reed se sintió vigilado. Creyó advertir que unos ojos le miraban desde alguna parte, tal vez desde las mismas tinieblas de la eternidad...'

Giró vivamente la cabeza. Los arbustos silvestres del cementerio se agitaban con la helada brisa de la tarde, pero no tanto. Garfield captó el repentino movimiento brusco de un macizo de plantas descuidadas, entre algunas blancas cruces. Unos ojos humanos dejaron de mirarle, para desaparecer su brillo vidrioso tras los matojos removidos.

—¡Alto! —gritó roncamente el joven—, ¡Deténgase quien sea!

No le obedecieron. Unos pasos presurosos corrieron alejándose de él. Garfield sacó su revólver de debajo del macferlán negro, y se lanzó en pos del intruso que merodeaba por el cementerio vigilándole. Salvó de un ágil brinco los matorrales, y descubrió una sombra furtiva, desapareciendo tras un muro de nichos. Aceleró su carrera, a grandes zancadas sobre losas y hierbajos, montones de tierra con cruces toscas e incluso fosas comunes donde reposaban seres sin

nombre. Dejó todo eso atrás y alcanzó a ver al fugitivo in tentando reptar por el muro desconchado del cementerio, para huir del recinto mortuorio.

Sin la menor vacilación, Garfield alzó su arma y voceó con voz potente:

—¡Quieto ahí! ¡Baja de inmediato o te vuelo la cabeza!

Y para reforzar su amenaza, apretó el gatillo. El estampido atronó el cementerio, rompiendo su profundo silencio como una profanación violenta. El tipo que huía gritó despavorido, dejándose caer del muro y dando tumbos entre los matojos. La bala disparada por Reed se perdió en el aire sombrío de la tarde nubosa, pero bastó para aterrorizar lo suficiente a! que huía, quien en ese momento exclamaba, angustiado:

—¡No dispare, no dispare, por el amor de Dios! ¡No he hecho nada malo, no quería dañarle, señor, lo juro! ¡No he venido a robar ninguna sepultura, no pretendo llevarme cadáveres, lo juro ante el mismo Dios!

—¿Robar cadáveres y sepulturas? —gruñó Garfield, acercándose con su revólver amartillado al desconocido que imploraba tendido aún en tierra—. Levántate. ¿Quién eres?

—Me... me llamo Angus, señor... Angus Wilcox... No vine a hacer nada malo. Sólo... sólo buscaba a mi amigo Charlie... Al bueno de Charlie Roark, ¿sabe?

—¿Acostumbras buscar a tus amigos en los cementerios? —ironizó Reed, tajante.

—Bueno, él y yo somos muy buenos creyentes... —silabeó Angus —. Acostumbramos a venir a orar por los pobres difuntos ante sus tumbas, señor...

—Orar —ante las tumbas, ¿eh? —repitió Reed escéptico. Contempló, encañonado por su arma, al tipo astroso, desaseado, de cara lívida y demacrada, de pájaro nocturno, mal rasurado y peor peinado, innoble de mirada, servil de gestos, repulsivo de aspecto—. Más bien diría que venís tú y tu amigo Charlie a vaciar tumbas para ganaros la vida con despojos humanos... ¿Sabes que ese negocio está penado con la horca, miserable?

—Señor, le juro mil veces que yo nunca...

—¡Calla y no jures en vano! —le cortó fríamente Reed, inclinándose y aplicando el cañón de su «Smith & Wesson» a la sien del otro, que le miró desorbitado—. Si te llevo ahora al constable Campbell, seguro que terminas tus días en la soga. A mí no se me puede engañar, Angus. Tu sucio negocio me asquea, pero podría fingir que no te he visto y dejarte ir, si quisieras colaborar conmigo en algo muy simple, bribón.

—¿Qué... qué es ello, señor? —jadeó servilmente el rufián,

mirándole esperanzado.

—Dime, ¿has intentado, por un casual robar el cadáver de mi amigo Melvin Nordham?

—¿Del señor Nordham? No, Dios me libre —se persignó falsamente el otro—. Ni tocar esa tumba, señor, lo juro...

—Calla de una vez con tus juramentos. Responde, y dime la verdad o te buscaré para volarte los sesos si antes no te llevan al cadalso. ¿A quién vendéis tú y tu amigo Charlie los cadáveres que robáis?

—Dios, me matará si lo digo...

—Y yo te mataré si no lo dices, conque puedes elegir —rió Garfield.

—Está bien, está bien, nos dispare. Se los vendo a... al doctor Hayden. Paga bien, señor. Y nunca hace preguntas.

—Entiendo. ¿Qué hace ese doctor Hayden con los cadáveres?

—Experimentos, creo. Bueno, con la chica supongo que otra cosa, pero...

—¿La chica? ¿Qué chica? —indagó vivamente Reed.

—La hija de los Logan, la bonita Jenny, un ángel muerto prematuramente... Sospecho que quería... bueno, ya me en tiende... Era tan hermosa...

—Miserables... —jadeó Garfield, a punto de apretar el gatillo y borrar a aquella alimaña del mundo de los vivos. Se contuvo con dificultad y añadió ronco—: ¿Qué ha hecho con ella?

—Oh, ya la tiene hace tiempo. Imagino que la embalsamó. Es un buen químico además, ¿sabe? Es un tipo raro pero listo... Y generoso, muy generoso...

—Yo también voy a serlo dejándote partir con vida aunque no lo mereces, sucio ladrón de tumbas. Dime, ¿desde cuándo falta tu amigo Charlie?

—Desde anteanoche, señor... Precisamente el mismo día que sepultaron al señor Nordham en ese hermoso panteón... Quedamos en tomar juntos unas copas en la taberna, pero no acudió. No he vuelto a saber nada de él...

—Está bien, lárgate. Has tenido mucha suerte esta vez. Si vuelvo a verte deambular por este sitio, no tendré taita pie dad contigo, y acabarás en manos del verdugo, ¿está bien claro, Angus?

—Claro, señor, claro... —agazapado, servil, humilde, se apresuró a retirarse, de espaldas, caminando dificultosamente, mirando con terror el arma de su interlocutor, por si éste cambiaba de idea y le enviaba directo al infierno—. Gracias, mil gracias. Si puedo ayudarle en algo, nunca olvide a Angus. Yo no olvidaré este gran favor...

Se alejó a todo correr y salvó la cerca. Reed no pudo reprimir un gesto de asco al verle partir. Enfundó su arma, se frotó el mentón,

ceñudo, y musitó para sí:

—Creo que va siendo hora de hacer una visita a ese doctor Hayden...

*

El rostro magro y áspero del doctor Hayden resultaba desagradable a la luz del quinqué que sujetaba con su mano, larga y huesuda como la de un esqueleto. Miró con cara de pocos amigos al visitante recortado contra las nubes plomizas de la tarde, cuyo macaferlán flotaba como unas extrañas alas negras en torno a su alta figura, agitado por el viento helado que venía del mar, envolviendo los gritos chirriantes de las gaviotas.

—¿Quién diablos es usted y qué es lo que quiere? —preguntó secamente, con expresión huraña—. No recibo visitas. Sin duda se equivocó de casa.

—Si usted es el doctor Hayden, no me he equivocado —dijo fríamente Reed Garfield.

—Fui una vez el doctor Hayden —rectificó el otro, seco—. Ahora sólo soy Lloyd Hayden. Y sigo sin recibir visitas, de modo que lárguese y deje de molestar.

—Mi nombre es Reed Garfield. Vengo de los Estados Unidos. Fui el mejor amigo de Melvin Nordham.

—¿Y a mí qué? —rezongó Hayden malhumorado, disponiéndose a cerrar la puerta con energía, dando allí por terminada la charla—. Buenas tardes, señor, si lo que busca es un médico, vaya al doctor Scragg. Yo ya no ejerzo.

—¿Por qué no ejerce? ¿Le descubrieron comprando cadáveres robados para sus experimentos clandestinos, doctor Hayden? —preguntó con sequedad Garfield.

El otro tragó saliva, palideció ligeramente, y sus ojos bailotearon en sus órbitas, mirando con rabia y disgusto a su visitante. La réplica fue ácida:

—Cuidado con lo que dice, yanqui. Si le denuncio por calumnias, puede verse metido en graves dificultades, esto no es América.

—No le conviene denunciarme —rió Garfield—. Yo podría hablar de ciertos caballeretes amigos suyos, llamados Angus y Charlie, ¿qué le parece? Al constable le gustaría poder le dar trabajo al verdugo.

La lividez de Hayden fue ahora más intensa. Tragó saliva y pareció amansarse un poco. Su voz sonó ronca, medrosa:

—Esos malditos han hablado, a lo que veo —jadeó—. Entre, señor, entre, y hablaremos de lo que usted quiera.

Reed entró en la casa, apretando en su mano el revólver que llevaba en el bolsillo de su macferlán. No se hubiera sentido seguro

sin un arma en aquel caserón sombrío, acompañado de aquel individuo siniestro y desagradable. Pasó a un largo corredor de sombras, por el que el ex médico le condujo a un salón de muros de piedra, con algunos tapices rompiendo la frialdad del mismo, y unos escasos muebles grandes y pesados dispersos desigualmente por el recinto.

—Y bien, señor Garfield, ¿qué le trae a mi casa exactamente? —quiso saber Hayden con voz áspera, nada amistosa, dejando el quinqué sobre una mesa.

—Algo oscuro está ocurriendo aquí, doctor Hayden. Y usted anda mezclado en ello, estoy seguro. Todo comenzó con la muerte de mi amigo Nordham. Luego, alguien ha asesinado anoche en Nordham Manor a una doncella, y hoy han intentado ahorcar al dueño de la funeraria, Godfrey.

—Dios… —el ex médico humedeció sus labios con la lengua, nerviosamente—. Sabía que nada bueno iba a suceder. Ese hombre estaba loco, rematadamente loco. Yo no tengo la culpa de nada, señor Garfield. Sólo quise hacerle un favor proporcionándole la droga…

—¿Droga? ¿Qué droga? —indagó Reed, sorprendido.

—La que él me pidió… Nunca debí facilitársela. No sé lo que sucedió, tal vez la utilizó mal. Pero no era letal, no podía dañarle ni aun usando una dosis mayor. Siempre volvería en sí, su letargo se prolongaría más, pero no podía, no podía morir. No sé cómo ocurrió, no tengo culpa de nada… La muerte era sólo aparente…

—Muerte aparente… ¿Se refiere a Melvin Nordham?

—¿A quién, si no? Su amigo hablaba siempre de una broma macabra… Me pagó por esa droga, no era ningún delito ayudarle en su broma. Luego… he sabido que no resucitó, que nunca más volvió del sepulcro… Algo salió mal, tal vez su corazón falló, no sé…

—¿Quiere decir…? —la mente de Reed luchó contra la sorprendente revelación—. ¿Quiere decir que él, Melvin Nordham… tomó una droga para fingirse muerto y gastar así una broma a alguien?

—Sí, exactamente, eso es lo que he dicho. Todo era un juego, simplemente. Permanecer dormido veinticuatro horas, aparentemente sin vida, engañando incluso al doctor. Luego, salir tranquilamente de la tumba y reírse de todos… Pero eso no ha ocurrido así. Yo no me equivoqué, lo juro. Tuvo que ser algo imprevisto…

—Cielos, esto carece de sentido —anonadado, Garfield contempló a su interlocutor y meneó la cabeza con desaliento—, Muerte aparente… Una broma… ¡Pero él está muerto ahora! Ese panteón está cerrado herméticamente, nadie salió de él…

—Creo que se había hecho llaves especiales, que lo tenía todo preparado, de acuerdo con el de la funeraria. Pero si algo le ha

ocurrido a Godfrey.. .no entiendo nada.

—Empiezo a pensar algo horrible, doctor Hayden —le miró, pensativo—, ¿Puede darme una muestra de esa misma droga? Le pagaré bien por ella.

—¿Para qué la quiere? —desconfió el otro de inmediato—. Ya ha causado demasiado mal una vez, ¿por qué repetir? Será mejor que se vaya, señor Garfield.

—Me iré, pero no sin esa droga —sacó dinero del bolsillo y lo puso con gesto de repugnancia sobre la mesa—. Tome, le pago por ese servicio. Quiero descubrir qué ha ocurrido exactamente. Si lo que teme es sufrir algún castigo, no tema. Si usted no tuvo culpa en la muerte real de mi amigo, nada tiene de qué preocuparse, se lo prometo.

El ex médico miró codicioso las monedas americanas de oro que el viajero acababa de dejar sobre la mesa, y alargó su huesuda mano hacia ella, como una garra.

—Está bien —silabeó—. Le daré un frasco con una pequeña dosis. No me siga, iré al laboratorio en busca de ella y volveré de inmediato, señor.

Garfield asintió. Hayden se encaminó a uno de los tapices y lo alzó, abriendo una puerta de hierro forjado, por la que salió presuroso. Garfield permaneció quieto, tabaleando impaciente con sus enguantados dedos sobre la mesa, donde ya no quedaba una sola moneda.

Repentinamente, tomó una decisión, al recordar ciertas palabras pronunciadas por Angus, el ladrón de tumbas: «Sospecho que con esa chica quería... Ya me entiende. Era tan hermosa...» Garfield apartó de sí la repugnancia que le producía esa sugerencia, y echó a andar hacia la puerta entornada. La salvó, caminando por un lóbrego corredor angosto, con fuerte hedor a humedad, hacia una lejana luz amarillenta e incierta.

Alcanzó el acceso al laboratorio del médico expulsado por prácticas clandestinas. Miró adentro. Una sensación de horror, de náusea, le invadió al descubrir lo que había allí.

Dándole la espalda, el doctor Hayden aparecía vertiendo algo, un líquido turbio en un pequeño frasco, directamente desde un tubo de ensayo, a la luz de un mechero de gas del muro. Tras él, sobre una mesa de mármol, yacía el cadáver desnudo, sin duda embalsamado, de una hermosa criatura, una muchacha rubia, angelical, de virginales formas, cérea piel y rostro apacible, como dormido.

Era fácil imaginar lo que aquel degenerado necrófilo hacía con aquel cuerpo sin vida, intacto y bien conservado, en la soledad siniestra de su mansión. No pudo contener una imprecación de rabia, de asco, de indignación:

—¡Miserable, sucio depravado!

Emitiendo un aullido de rabia, Lloyd Hayden se revolvió, dejando caer de su mano el frasco lleno, que se hizo añicos en el suelo, derramando su contenido. Miró con profundo odio al intruso, gritó roncamente una blasfemia, tras mirar el cadáver femenino sobre la fosa marmórea, y cuando observó que Garfield extraía un revólver de su bolsillo, le arrojó algo que tenía junto a sí.

Su acción fue tan rápida, que sorprendió al aturdido y asqueado Garfield cuando todavía no tenía firmemente sujeto y amartillado su «Smith & Wesson». Un pesado caldero de cobre para mezclas químicas, cruzó el aire y se estrelló violentamente contra la cabeza del norteamericano.

Este sintió el impacto brutal, haciendo crujir su cráneo, todo osciló en torno suyo, y comenzó a caer, dejando desprender el arma de sus dedos. La sangre goteó sobre el pavimento tras correr por su rostro. Cuando el doctor Hayden alzó en su mano un largo, afilado cuchillo, empezando a caminar hacia él Reed Garfield trató de mantener la consciencia, pero le venció el dolor y se desplomó, haciéndose la oscuridad total en torno suyo.

*

Fue un despertar doloroso, una vuelta a la consciencia llena de aturdimiento, pesadez y torpeza.

Pero cuando menos, salió de su desvanecimiento y comprobó que seguía vivo, aunque la cabeza le dolía terriblemente, tenía sangre en su rostro, sus manos y sus ropas, ya seca, y las palpitaciones donde recibiera el golpe del almirez de cobre eran casi insufribles.

Se arrastró hasta un jarro de agua y una palangana, derramando sobre sí todo el agua que contenía el recipiente. Estaba helada, pero se sintió mejor. Sacudió la cabeza y comenzó a incorporarse, aferrándose a una mesa.

Pudo ponerse al fin en pie, tambaleante pero relativamente firme. Miró en torno suyo… Continuaba en el laboratorio del doctor Hayden, seguía brillando aquella amarillenta luz del mechero de gas, y le rodeaban tubos de ensayo, retortas y alambiques. También la mesa alargada de mármol. Pero vacía.

Del cuerpo de la adolescente muerta, ni el menor rastro, había desaparecido.

Tampoco vio en principio al doctor Hayden, imaginándose que había escapado, sin llegar por fortuna a usar su afilado cuchillo con él, como parecía ser su propósito cuando se desmayó.

Luego, al rodear la mesa de mármol, encontró al doctor Hayden.

No había escapado. Ya nunca escaparía de ninguna parte. Ni

tampoco volvería a trabajar con cadáveres ni violar cuerpos sin vida de muchachas virginales.

Ahora era él quien era ya cadáver. Un feo, repugnante cadáver. La sangre lo empapaba todo en torno suyo y se acartonaba en sus ropas. El rostro resultaba más vil y repelente que nunca, con aquella tonalidad cérea y el horror reflejado en sus desorbitados ojos vidriosos, fijos en el vacío de la nada absoluta.

Alguien le había machacado el cráneo con el propio almirez de bronce que él utilizara para abatir a Reed Garfield. Aún yacía junto a él, empapado de rojo, con blancos cabellos del ex médico adheridos al metal. Su asesino, como en el caso de la doncella Constance, se ensañó con su víctima. Le había aplastado la bóveda craneal casi hasta las mismas cejas, especialmente en el lado derecho, lo que hacía que el ojo de aquel lugar estuviera colgando ligeramente fuera de la órbita, rodeado de cuajarones sanguinolentos.

Estremecido de horror, Garfield miró en torno suyo, sin poder entender lo que estaba sucediendo.

—Dios mío, ¿por qué lo mataron? ¿Y quién lo hizo? —balbuceó en voz alta, hablando consigo mismo—. También pudo haberme matado a mí… y no lo hizo. ¿Por qué?

CAPITULO III

Era noche cerrada. Llovía otra vez, pero aunque de forma copiosa, no llegaba a ser una lluvia torrencial como en días anteriores.

Sin embargo, la noche era torva, inhóspita. El viento se había convertido casi en huracán racheado, frío y molesto, y agitaba los arbustos con fuerza, moviéndolos con un rumor profundo y áspero, como si la espesura estuviera poblada de espectrales seres. Ello sucedía muy especialmente en el cementerio, donde todo hecho sobrenatural parecía posible a semejantes horas. La lluvia, al batir sobre la tierra blanda o las lápidas de los sepulcros, emitía un sonido machacón y sordo, que a veces se podía confundir con el rumor de pasos en la noche. Pero allí sólo, los difuntos parecían capaces de moverse en medio de la oscuridad, el viento y la lluvia!

Sin embargo, la sombra alta que se recortó contra la cripta de los Nordham, no tenía nada de fantasmal, pese a ser negra y flotante. Una lámpara, protegida del viento bajo los pliegues del negro macferlán, alumbró la cripta magnificente de la familia Nordham con resplandores lívidos.

Reed Garfield contempló aquel recinto sepulcral con fijeza. Era su tercera visita al lugar, pero ahora no pensaba conformarse con examinar superficialmente el panteón de los Nordham. Un ancho esparadrapo cubría el profundo corte que en su cráneo hiciera el almirez de bronce del doctor Hayden. La faz era pálida y la expresión de sus ojos decidida y calculadora.

—Ahora, veamos qué ocurrió ahí exactamente — murmuró entre dientes, echando a andar hacia la puerta enrejada, sin arredrarse por el azote de la lluvia y el viento contra su rostro y su figura.

Se detuvo sorprendido ante la pequeña verja que formaba la antesala de acceso a la vidriera emplomada, de bellos colores. Observó el candado, caído en tierra. La verja estaba abierta.

—Dios mío, ¿será verdad lo que estoy pensando? —musitó, hablando consigo mismo.

Abrió la verja, que emitió un lastimero chirrido de goznes oxidados. Pisó los escalones que conducían al nivel de abajo, donde se alzaba la vidriera multicolor. Había polvo, piedrecillas y barro en los peldaños de piedra. Inclinó algo la lámpara de petróleo hacia el suelo, y captó algo más que todo eso: huellas de pisadas que entraban y salían del sepulcro. Respiró hondo.

Ya ante la puerta, tanteó ésta, por si era posible abrirla sin destruir las vidrieras. Tuvo suerte. Lo mismo que la verja exterior, la puerta de acceso a la cripta, también estaba abierta. No había llave en la cerradura, pero la hoja vidriera cedió al empujarla él suavemente.

Chirrió, arrastrándose por el suelo polvoriento, para abrirse y mostrar la tétrica oscuridad del interior del panteón.

Reed tragó saliva. Aunque como buen americano no era tan supersticioso o temeroso de las cosas de ultratumba como un británico, un profundo respeto, no exento de una vaga e indefinible sensación de temor, le asaltó al encararse con la muerte en su propio ámbito, profanando así el eterno descanso de los difuntos.

Pensó en su revólver, perdido en el laboratorio del doctor Hayden, y lamentó no tenerlo consigo. Pero en seguida se dijo que eso era una tontería, porque de nada podía servirle un arma de fuego frente a las cosas de ultratumba.

Eso, suponiendo que realmente fuese algo del más allá lo que escondía aquella cripta, y no el secreto de unos asesinatos y de un asesino que no tenía nada de fantasmal.

Entró en la cripta. La luz de su quinqué alumbró ahora las lápidas de todas las tumbas situadas en su interior. Reed giró sobre sus talones, para contemplar la totalidad del recinto funerario en que se hallaba.

Una exclamación de horror escapó de sus labios inmediatamente. El resplandor de la llama de petróleo reveló el espantoso espectáculo en toda su estremecedora realidad. En los muros, las sombras bailotearon como grotescos seres inmateriales esbozando una danza macabra jubilosa, en torno al escalofriante panorama que le era dado a contemplar al joven norteamericano.

Allí estaba el cadáver de la joven rubia embalsamada por razones obscenas por el doctor Hayden. Yacía, pudorosamente cubierta con una sábana o sudario, dentro de un nicho abierto, cuya lápida yacía en el suelo, al lado de un ataúd abierto. Al pie de ese nicho, con medio cuerpo dentro del ataúd de lujoso forro morado, yacía un hombre de aspecto soez y rostro ratonil, que tenía mucho en común con el ladrón de tumbas llamado Angus. Estaba muerto, debía llevar así algún tiempo, porque empezaba a oler a putrefacción y en su rostro aparecían manchas violáceas. Su cuello también ofrecía manchones amoratados, pero por otra causa. Eran huellas de dedos férreamente hundidos en su cuello flaco y mal rasurado. Dedos asesinos que le habían causado la muerte por estrangulación, desorbitando los ojos del pobre diablo en una mueca de supremo terror y agonía.

—Creo que ya he encontrado a Charlie, el otro ladrón de tumbas —murmuró roncamente Garfield, retirándose con una sensación de náuseas en la boca del estómago—. Dios mío, cuánto horror, cuánta muerte violenta...

Sus ojos alucinados se clavaron en ese punto en la lápida desprendida de aquel nicho vacío, ahora ocupado por la difunta del

cabello dorado y el rostro virginal.

Aquella había sido la tumba de Melvin Nordham, su amigo. Pero de él no había allí el menor rastro.

Garfield no pudo evitar un escalofrío ante la espantosa posibilidad que aquello le sugería, confirmando la horrible sospecha que flotaba en su mente.

*

El constable Campbell parecía totalmente superado por los acontecimientos, y esta vez nadie en su sano juicio le hubiera podido formular reproche alguno por ello.

Ante él, un hombre yacía medio inconsciente, en el lecho del hospital de Newcastle, atendido por las enfermeras, con la visita de Hazel y su madre, Deborah Nordham, así como la presencia del propio doctor Scragg. Y a su lado, estaba el joven norteamericano, Reed Garfield, con una respetable brecha en la frente, producto de una agresión violenta, con la desoladora noticia de que había dos cadáveres más… un cadáver reaparecido en una tumba que no era la suya y, para acabar de complicarlo todo terriblemente, la ausencia de otro cadáver, de cuyo paradero nadie sabía nada: el de Melvin Nordham.

Hazel y su madre, con gesto de angustia y de horror, habían escuchado la tremenda historia narrada por Garfield al policía, así como la respuesta destemplada de éste, mientras miraba con gesto de pocos amigos al joven:

—¿Quién diablos le dio a usted permiso para meter sus narices en todo ese lío, yendo por su cuenta a visitar al ex doctor Hayden, entrar en la cripta de los Nordham y todo lo demás? Pudieron haberle asesinado a usted también. Pero de todos modos parece que desde que ha llegado usted de América, el censo de defunciones ha aumentado enormemente en la comarca. Eso, sin contar con los cadáveres que aparecen y desaparecen como si caminaran solos por ahí…

—Caminar solos… —Reed negó con la cabeza, arrugando el ceño. Sus ojos brillaron pensativos—. No, constable. Usted sabe que los muertos no andan. Pero podría suceder que alguien no esté realmente muerto y sí esté caminando por ahí…

Hazel le miró con ojos dilatados y expresión de miedo. El policía arqueó sus cejas, sin entender nada. Fue Deborah quien preguntó con voz tensa:

—¿Se refiere acaso a… a mi hermano Melvin?

Reed se volvió a ella. La miró. Y asintió luego gravemente.

—He examinado su tumba —dijo—. Había en ella un compartimento secreto para guardar algo. También había dos en el

ataúd, e incluso un sistema para abrirlo mecánicamente desde dentro, pero nada de eso debió funcionar. No había herramientas, y el mecanismo está atascado, yo diría que intencionadamente.

—Dios mío, ¿y eso qué significa? —jadeó Deborah Nordham, muy pálida.

—No lo sé, señora. Pero me temo que Melvin planeó jugarnos a todos una mala pasada, tal vez con la intención de averiguar cómo se comportaban algunos de sus familiares una vez muerto él. Después volvería tranquilamente a la vida, y daría un buen susto a alguien. Pero el plan falló. Creo que alguien, conocedor de su macabra broma, le jugó a su vez la peor de las pasadas. Estropeó el mecanismo del féretro, le dejó sin herramientas... y así, Melvin se encontró enterrado en -vida cuando despertó del letargo producido por la droga que comprara al doctor Hayden.

—¡Oh, no, Dios mío, qué horror! —sollozó Hazel, estremecida, cubriéndose el rostro con manos temblorosas—. Pobre tío Melvin...

—Sí, debió ser una situación espantosa, una experiencia terrible —admitió sombrío Garfield—. Pero es posible que entonces, un ladrón de tumbas llamado Charlie Roark decidiera sacar algún dinero robando su cadáver, y profanó el sepulcro para ello. Abrió la fosa, el féretro... y quizá Melvin aún estaba vivo para entonces.

—Cielos, cielos... —gimió Deborah, patética—. Mi desdichado hermano...

—Luego, no sabemos qué pudo suceder. Pero no es improbable que Melvin, enloquecido por la experiencia, atacara ferozmente a su salvador, causándole la muerte. Huyó de la cripta, se perdió en la noche... e ignoramos dónde pueda estar ahora. Y en qué estado, que es lo peor.

—Pero... pero entonces, según su teoría, Garfield... Melvin podría ser... podría ser el asesino del doctor Hayden, el agresor de Constance... tal vez, incluso, quien quiso matar a Godfrey, pensando que el de la funeraria le había traicionado... —sugirió despavorida Deborah Nordham.

—Posiblemente. Ignoramos lo que sabía Constance y cómo lo sabía. Tampoco sabemos quién le traicionó a Melvin en su lúgubre juego, pero es fácil imaginar los motivos: la fortuna de los Nordham.

—Esa, ahora, pertenece sin duda a Honor —señaló roncamente la hermana de Melvin.

—Lo sé. Pero yo no puedo acusar a nadie —Garfield se volvió hacia Campbell—. ¿Qué piensa usted, constable, de todo esto?

—No sé, no sé... —gimió el policía, desolado—. Es todo tan confuso, tan complicado, que no atino a entenderlo... Tal vez si hallamos pronto a Melvin Nordham, si es que está vivo, todo pueda aclararse...

—Tal vez, es vital que lo encontremos, vivo o muerto —asintió Reed gravemente.

En ese punto, el herido, Derance F. Godfrey, intervino en la charla, rompiendo su mutismo con unas pocas palabras pronunciadas entre dientes, mientras les miraba con expresión aturdida:

—Yo… no toqué el ataúd de Melvin… Llevaba herramientas… y un mecanismo para salir… Tuvo que funcionar, todo estaba bien… Pero aquel ser que me atacó en la oscuridad del almacén… y me arrastró hacia la soga colgada del techo… se parecía tanto en figura y en voz a Melvin… Tal vez él pensó en una traición, no sé… Juro que no fue así, lo juro…

Garfield y el constable se miraron largamente. Una enfermera y el doctor Scragg acudieron a atender al paciente, aliviados ostensiblemente por su reacción.

—Ya lo ve, constable —murmuró Reed con tono pesaroso—, Me temo que esa broma macabra ideada por Melvin se convirtió en un intento frío de asesinato por parte de alguien… y ahora Melvin, salido de su sepulcro, está intentan do vengarse de quienes cree culpables.

Como si las palabras de Reed fuesen proféticas, en ese momento el policía Bob Kingston, segundo de Campbell, entró demudado en la sala del hospital e informó con voz ronca a su superior:

—Señor, ha ocurrido algo terrible en Nordham Manor. Acaban de hallar sin vida al abogado de la familia, Peter Seymour. Alguien le asesinó hace pocas horas…

CAPITULO IV

—Pobre señora Nordham, está mal, muy mal... —Angharad Rice, la rubia y atractiva enfermera de la viuda de Melvin, siempre con su uniforme gris y su toca blanca, le informó confidencialmente a Reed Garfield cuando éste salió de la habitación—. He tenido que administrarle un fuerte sedante en cuanto supo lo del señor Seymour...

Garfield asintió, mirando a la joven enfermera. Ante la puerta de la habitación de Honor, montaban guardia en este momento su hermanastro Brian, con la faz convulsa, y el primo de Melvin, Ralph, tampoco demasiado alegre de expresión.

—Cuide de ella cuanto pueda —pidió Reed a la enfermera, caminando a su lado pasillo adelante—. Han sido dos golpes seguidos demasiado fuertes.

—Y que lo diga, señor —asintió Angharad—. Creo que apreciaba mucho al señor Seymour.

—Sí, eso pienso yo también. Supongo que empezará usted a lamentarse de haber aceptado este trabajo que el pidió el doctor Scragg, señorita Rice.

—Bueno, estoy un poco asustada. Dos crímenes en tan poco tiempo, bajo este mismo techo... —Angharad entrelazó sus manos y suspiró—. Pero me debo a mi trabajo, ocurra lo que ocurra. El miedo no va a hacerme desertar.

—Admirable profesionalidad la suya, señorita Rice. ¿Ha oído o visto usted algo raro durante estas últimas horas, mientras el asesino de Peter Seymour debía de estar cometiendo su criminal acción?

—Nada, señor. Si se refiere a gente extraña, que yo sepa nadie vino de visita a esta casa. La señora Nordham y su hija se marcharon a visitar al señor Godfrey al hospital, el señorito Ralph estaba en la biblioteca y creo que el señor Jackson se ocupaba de algo en las caballerizas con el jardinero, mientras yo acompañaba a la señora y ella leía un libro, precisamente de un compatriota suyo, señor Garfield. Me refiero a Edgar AlIan Poe.

—Poe... —Reed asintió, pensativo—. El entierro prematuro. ..

—¿Decía usted? —se sorprendió Angharad.

—Oh, nada, nada. Hablaba conmigo mismo, no se preo cupe. Supongo que debía tratarse de sus «Narraciones Extraordinarias»...

—Así es. El libro era del señor Nordham, tiene su firma y todo.

—Ya, ahora entiendo de dónde sacó su loca idea... -musitó para sí Reed—. Bien, señorita, muchas gracias. Si nota algo raro o sospechoso en torno suyo, no deje de informar me de ello.

—Descuide, así lo haré, señor Garfield —asintió ella, mirándole

con fijeza—. Creo que si alguien puede resolver lo que está sucediendo aquí, ese alguien es usted.

Y sonrió suavemente, alejándose de él con paso breve y rápido, corredor adelante. Reed Garfield, tras una indecisión, regresó al escenario del crimen, donde ya había estado antes con el constable Campbell y su ayudante, Bob Kingston.

Un muerto nunca es un espectáculo agradable. Ciertos muertos, lo son menos aún, como había sido el caso de Constance en la sala de armas, del doctor Hayden en su laboratorio siniestro, o del desdichado Charlie Roark en el sepulcro de Melvin Nordham.

Tampoco el cuerpo de Peter Seymour era grato de con templar ahora, bañado en su propia sangre, víctima de la furia homicida de alguien que había convertido su cabeza en auténtica pulpa salpicada de esquirlas de hueso, cabellos mojados de rojo y pedazos de masa encefálica colgando lastimosamente entre las astillas de la bóveda craneal hundida terriblemente.

De nuevo el arma había sido tan devastadora y atroz como en casos anteriores: si a Constance la aplastaron la cabeza con una bola de hierro erizada de pinchos, y al doctor Hayden con un almirez de bronce, al abogado y administrador de la familia le habían masacrado bestialmente con un enorme martillo que yacía no lejos de él, chorreante de sangre seca, ya coagulada y oscura. El crimen había tenido lugar en el propio despacho y lugar de trabajo habitual de Melvin Nordham, ante su secreter, abierto y en desorden.

—Tenemos ya todas las evidencias del caso, señor Garfield —informó sombríamente el constable, volviéndose a él al oírle entrar. Le mostró un manojo de documentos autógrafos.

—¿Qué ciase de evidencias? —se interesó Reed.

—Manuscritos del señor Nordham. Aquí tiene trazado su plan: la adquisición del féretro trucado, las herramientas en el nicho, para salir de él una vez sepultado, el producto del doctor Hayden para fingir su muerte... Todo era un plan minucioso, detallado. No estaba enfermo en absoluto. Sólo planeaba una tremenda broma macabra a toda su familia y a usted mismo. Jugó con todos... y alguien jugó al final con él.

—ˆ-Sí, eso es evidente. Alguien descubrió su juego y lo utilizó en su contra, para sepultarlo vivo y lograr que la broma fuese una terrible realidad. Pero de alguna forma, el azar jugó también su baza, y un ladrón de tumbas alteró los planes criminales de quien quiso aprovechar la broma de Melvin en su beneficio.

—Y Melvin Nordham estranguló a su propio salvador en la cripta...

—Tal vez el encierro, la seguridad de sentirse traicionado, enloqueció a mi amigo, alteró su razón seriamente —Reed meneó la

cabeza—. No lo sabremos a ciencia cierta hasta que demos con él, vivo o muerto. Especialmente si está vivo hay que hallarle pronto, constable. Es posible que Constance le espiara, para informar a alguien de esta casa. El se vengó de ella, de Seymour, de quien sin duda sospechaba un adulterio con su esposa... De Hayden, por pensar que podía haberle engañado. De Godfrey por la misma razón... Ahora podría atacar a Honor, a los demás... Si está loco, es un peligro para todos. Conviene encontrarle y reducirle, antes de que siga matando a quienes considera sus enemigos.

—Sí, pero ¿cómo dar con él? —se lamentó el policía—. Esta comarca está llena de lugares donde es fácil ocultarse, él conocía bien la región...

—Creo recordar que, en nuestros tiempos de estudiantes, él mencionó a veces un refugio suyo favorito, un lugar donde gustaba ocultarse siendo niño, para huir a las palizas de su padre.

—¿Qué sitio es ese? —se interesó Campbell—. Podemos ir allá en seguida...

—No lo sé exactamente —mintió Reed con frialdad—. Trataré de recordar, si me es posible. Le avisaré en cuanto lo consiga, constable.

Salió de la estancia. Había falseado la verdad a sabiendas. No quería que fuese la policía la primera en hallar a Melvin. Si era posible, deseaba evitar un drama. Su amigo, si aún vivía realmente, si había salido de su sepulcro tras ser éste profanado por Charlie Roark, jamás se entregaría dócilmente a la Ley. Pero con él podía ser diferente. Habían sido amigos, camaradas. Valía la pena jugar esa baza antes.

Recordaba perfectamente el lugar que su amigo usaba de niño para esconderse. Estaba cerca de los acantilados, en Tynemouth, y se llamaba El Nido de las Gaviotas. Sabía asimismo que muy cerca de allí se hallaba un parador de marineros llamado El Diente de la Ballena. Con todos esos datos, tal vez diera con el refugio secreto de Melvin Nordham.

*

No había sido difícil, después de todo.

Garfield miró en torno, al desolado paraje sobre el que revoloteaban, entre grises y azules, desplegadas sus majestuosas alas blancas, las gaviotas y los albatros, cloqueando como si les disgustara que el oleaje marino fuese tan violento, estrellándose con nubes de espuma en los blancos acantilados de la costa.

El cierzo frío y húmedo agitaba los brezos y matojos en torno suyo, el macferlán negro se agitaba como grandes alas de murciélago. Garfield contempló el lugar.

Era un hacinamiento de rocas grisáceas junto a un torcido árbol rugoso, de desnudas ramas, sacudido violentamente por la brisa marina. A cierta distancia, podría haberse confundido con una solitaria tumba en medio del páramo.

—¡Melvin! —voceó—. ¡Melvin, amigo! ¡Soy yo, Reed Garfield, tu viejo camarada! ¡Sal de ahí, Melvin, sé que estás en ese lugar escondido! No tienes nada que temer de mí, vamos, déjate ver. He venido a charlar contigo como en los viejos tiempos, ¿recuerdas?

No hubo respuesta. Por si acaso, Reed se mantenía expectante, cauteloso. No temía que su viejo camarada pudiera ser agresivo con él, pero ignoraba el estado mental en que actualmente se hallaría el hombre que volviera de la tumba, y quería prever todos los riesgos. Si Melvin había matado ya tres veces, no dudaría en hacerlo cuatro o cinco. Tal vez era ya un hombre por encima del bien y del mal, un Lázaro marcado por la maldición de su entierro en vida.

Llegó ante la boca de la cueva. Allí se había escondido Melvin de niño, huyendo de un padre demasiado severo. Tal vez ahora repetía su gesto infantil, tratando de huir de su propia responsabilidad criminal, de los fantasmas de su cerebro.

Vaciló antes de aventurarse dentro de la oquedad sombría, húmeda y lóbrega. ¿Y si Melvin, desquiciado, le esperaba allí, en las tinieblas, para caer sobre él y asesinarle impunemente como a los demás?

La sospecha le produjo un leve escalofrío, pero decidió arriesgarse, penetrando resueltamente en la cueva. Prendió un fósforo para tratar de ver algo en la oscuridad, aun a riesgo de precipitar los acontecimientos.

No sucedió nada. La llama brilló en las sombras, ahuyentando las tinieblas y permitiendo ver los contornos que le rodeaban. No se había equivocado. Era la madriguera de Melvin, ahora ya estaba seguro de eso.

Vio una tosca mesa hecha de tablas, un quinqué apagado… y su revólver, el «Smith & Wesson», calibre 38, junto a la lámpara. También había unos papeles arrugados, uno de ellos a medio escribir, con el quinqué encima, a modo de pisapapeles. Echó una ojeada a la escritura, torpe y desigual, aunque de una letra que él conocía bien:

> «Esta es la historia de mi resurrección. Yo, Melvin Nordham, quiero revelar cuánto ha sucedido desde que esos miserables me condenaron a morir sepultado vivo. Confieso que he matado a esa ramera asquerosa de mi doncella Constance, que se acostaba conmigo mientras me traicionaba, vendiendo mi secreto a otra persona. Del mismo modo, salvé a mi amigo Reed de las garras de ese miserable ladrón de cadáveres que era el doctor Hayden… Ahora, debo

completar mi obra, terminar con quienes realmente merecen morir, los que han conspirado a espaldas mías para deshacerse de mí tan abyectamente...»

Ahí terminaba el texto escrito precipitadamente por Melvin Nordham, el hombre que regresó de su lujoso sepulcro después de muerto. Ni una sola mención de la muerte de Seymour o al atentado contra, Godfrey, el funerario. Pero obviamente, tenía ya dos asesinatos a sangre fría sobre su conciencia.

Reed había tardado varias horas en iniciar su viaje a las vecindades de Tynemouth para despistar al constable Campbell, por lo que no esperaba ser seguido por los representantes de la Ley. Por ello le sobresaltó ahora oír rodar piedrecillas en el exterior, y captar un leve quejido entremezclado con el silbido torvo del cierzo.

Rápido, alargó la mano y recuperó su arma, caminando hacia la salida de la desierta cueva. Temía encontrarse ante Campbell o su ayudante. Su sorpresa fue enorme al asomar al exterior.

Una mujer se hallaba en pie ante la cueva, agitadas sus ropas grises por el viento. Ella exhaló un alarido de terror al ver surgir su alta figura envuelta en el negro macferlán, y retrocedió unos pasos, demudada.

—No se asuste —Reed dominó su sorpresa y habló sereno—. No soy ningún fantasma. ¿Qué es lo que hace aquí, señorita Rice?

Angharad Rice, la enfermera al cuidado de Honor Nordham respondió inesperadamente a esa pregunta:

—Vengo en pos de la señora. Honor Nordham escapó de la casa en plena crisis nerviosa y vino hacia acá. Dijo que tenía que encontrarse con su marido para jurarle que ella era inocente y no deseaba su muerte...

—Dios mío... —Reed se pasó una mano por la cara, nerviosamente. Miró en torno—. No está dentro, señorita Rice. Ni tampoco Melvin Nordham, ciertamente. Pero no me gusta lo que me ha contado. Me temo lo peor, si Dios no lo remedia. Venga conmigo, buscaremos por los alrededores. No sé dónde pueda estar Nordham ahora, pero su esposa no puede haber ido muy lejos, si usted la siguió hasta aquí.

—En efecto —afirmó Angharad Rice poniéndose a su lado, asustada—. No hace ni una hora que la vieron en el parador de pescadores, subiendo sola hacia acá...

—Cielos, cielos —la angustia asomó a la voz de Reed, que tomó de su aterida mano a la enfermera con su zurda, empuñando el revólver en la diestra—. Vamos allá, pronto. Tengo un fatal presentimiento, la verdad...

El presentimiento no tardó en confirmarse de la peor manera

imaginable. Apenas cinco minutos más tarde, tras el montículo pedregoso donde había tenido siempre Melvin su escondrijo infantil, dieron con Honor Nordham, tendida boca abajo en una profunda zanja.

Reed bajó a por ella trabajosamente. No podía hacer ya nada por la «viuda» de Melvin Nordham, por la sencilla razón de que alguien se le había anticipado. Varios golpes de bastón en el cráneo habían hundido la bonita cabeza de Honor Nordham provocándole la muerte inmediata. El bastón, negro y con empuñadura de plata, yacía junto a ella, con el puño empapado en sangre aún caliente…

CAPITULO V

Fue un fastuoso funeral el de aquel día. Y por partida doble.

Dos féretros fueron conducidoˆ al cementerio de Newcastle, en medio de una extensa manifestación de duelo. No faltó nadie al entierro de Peter Seymour y de Honor Nordham, ni siquiera el funerario Godfrey, ya recuperado del fallido intento de ahorcamiento por parte de alguien. Todos los Nordham en pleno asistían también a las honras fúnebres por las víctimas del asesino, y Reed Garfield, por supuesto, con la policía local y la llorosa Angharad Rice, la enfermera.

Peter Seymour fue sepultado en un nicho cercano a! panteón familiar, dentro del cual fue introducido un suntuoso ataúd con inscripciones de plata, en el que reposaba para siempre el cadáver del abogado.

—Ahora ya no hay duda de nada, Garfield —susurró durante la ceremonia fúnebre el constable Nordham—. Melvin, su amigo Melvin, se ha convertido en una feroz alimaña a la que hay que dar caza, sea como sea. Toda la policía de la región está en ello ahora, con orden de cazarlo vivo o muerto. Y he pedido ayuda a Scotland Yard, por si falta la búsqueda.

Asintió Reed, sombrío, sin hacer comentario alguno. Cuando se disolvió la comitiva enlutada, tras los oficios religiosos en el panteón de los Nordham, Garfield miró en torno, pensativo. No se le escapó el leve roce de unos arbustos cercanos al panteón, que pudiera haber sido tomado por el efecto del aire en los ramajes.

El regreso a Nordham Manor fue silencioso y triste. Angharad Rice, la enfermera, regresaba a la población, para seguir su trabajo junto al doctor Scragg, asistente también al funeral. Ambos se alejaron en un calesín hacia Newcastle. Deborah Nordham y su hija Hazel, Ralph Nordham y el desolado Brian Jackson, el hermanastro de Honor, emprendieron el regreso a su mansión.

Durante el resto del día, Reed estuvo deambulando por Newcastle, tomando cervezas en varios pubs, haciendo preguntas aquí y allá, y reflexionando profundamente las más de las veces, sentado ante su jarra en la mesa de cualquier taberna.

Llegó la noche, no regresó a Nordham Manor. En vez de eso, tomó una cena frugal en una fonda de la población, y emprendió la marcha a pie hacia cierto lugar...

*

El martillo y la cuña dieron pronto con la argamasa de los bordes de la lápida en tierra. Cuidadosamente, las manos huesudas,

sarmentosas, tomaron la pieza de mármol blanco y la depositaron en el suelo de la cripta.

La macilenta luz de la pequeña farola daba un aire dantesco a la escena. Los ojos febriles de Angus miraron en torno, recelosos. No le gustaba trabajar en aquel panteón, después de lo ocurrido a su amigo Charlie, pero sabía que Honor Nordham había sido sepultada con valiosas joyas sobre sí, todo el mundo en Newcastle sabía eso.

Ya no existía un doctor Hayden para comprar cadáveres, pero podría despojar a la difunta de todas sus pertenencias en un momento, y huir de allí con presteza. Con esa idea fija en su mente, se agazapó, tirando de las asas de maciza plata del féretro, para sacarlo poco a poco al exterior.

Una vez fuera del nicho mural de la cripta, el ataúd reposó en el suelo, ante él, y Angus respiró hondo, temblándole las manos de excitación. Procedió a violentar la tapa del féretro sin más contemplaciones, deseando abandonar cuanto antes el inquietante lugar donde un colega había muerto estrangulado, y un muerto había desaparecido sin dejar rastro. En escasos minutos, logró su objetivo. Las sólidas cerraduras de la tapa cedieron a sus esfuerzos, y la madera crujió, quedando abierta la tapa.

—Adelante, Angus —se animó a sí mismo, ávido de arrancar de cuello, muñecas y dedos de la difunta sus valiosas joyas familiares—. Esto es coser y cantar ya…

Apartó la tapa. Allí estaba Honor Nordham, hermosa incluso ahora, muerta violentamente. Una especie de velo y toca cubría piadosamente su cráneo hundido, los ojos estaban cerrados, y el céreo rostro parecía el de una hermosa mujer en reposo apacible. Sin el menor escrúpulo, Angus alzó con sus propios brazos el busto de la difunta, para maniobrar más fácilmente en sus miembros enjoyados.

Un alarido interminable, desgarrador, de terror profundo, vivísimo, escapó de sus labios cuando lo hizo. Fue tal su sobresalto que dejó caer el cadáver femenino de costado, dando un macabro tumbo que casi lo sacó del féretro.

Desde el fondo del lujoso ataúd, sobre el fondo de raso violáceo, los ojos enormemente abiertos y vidriosos de Melvin Nordham, le seguían contemplando fijamente.

Angus, con otro alarido de pánico infinito, escapó del panteón, lanzándose a la oscura noche. Mientras se alejaba, dando tumbos por el cementerio, mezclaba sus gritos de pavor con risas histéricas, como si se hubiera vuelto loco…

De entre las sombras, lentamente, una figura emergió calmosa. Un hombre alto, envuelto en negro macferlán, caminó hacia el sepulcro. Bajó a la cripta, revólver en la mano. Los ojos de Reed Garfield contemplaron la escena, a la vacilante luz de la lámpara abandonada

por el ladrón de tumbas.

—Melvin, mi viejo amigo, al fin te he encontrado… —musitó amargamente el norteamericano, contemplando el cadáver rígido, situado justo debajo de donde estuviera el de Honor, en aquel lujoso y pesado ataúd. Luego, tras un silencio meditativo, se inclinó y pasó los dedos sobre sus párpados abiertos, cerrándolos piadosamente—. Ahora, Melvin, creo que ya lo sé todo… o casi todo.

Y se inclinó, tomando entre sus brazos el cadáver de su antiguo camarada.

*

Derance F. Godfrey se quedó de una pieza cuando abrió la puerta de su domicilio en plena noche. El candelabro bailoteó en su mano, a punto de caer.

—¡Dios! —clamó, palideciendo intensamente—. ¿Qué significa esto, señor Garfield?

—Ya lo ve, señor Godfrey —sonrió tristemente Reed—. Es una penosa visita la mía. Nos hemos visto poco: una vez o dos en el hospital, otra en los funerales por Honor Nordham… y ahora. Nunca ha sido por motivos agradables.

—Mi oficio no es agradable —se hizo a un lado, dominando su desconcierto—. Pase, se lo ruego. Imagino que ha encontrado sin vida al señor Nordham… y quiere para él un buen funeral. Pero mucho me temo que esta vez hará falta también la autopsia, y no es éste el lugar adecuado para traer su cadáver, sino la Morgue local… De todos modos, yo puedo ayudarle en todos esos molestos trámites muy gustosamente…

—Gracias, señor Godfrey. No esperaba menos de usted —pasaron al almacén de ataúdes que Reed ya conocía, y depositó el cuerpo encima de una mesa de mármol—. Pero creo que antes de llevar a mi amigo a la Morgue, hará falta saber por qué el cuerpo de Melvin Nordham se encontraba precisamente en el mismo ataúd que usted sirvió a Honor Nordham esta misma tarde… sepultado debajo de ella, en un compartimento especial de dicho féretro.

—Cielos, ¿qué es lo que dice? —los ojos del funerario le miraron, alarmados.

—Lo que ha oído, señor Godfrey —sonrió ahora Reed con dureza —. Usted preparó un féretro muy especial por encargo del señor Nordham, que falló en el momento adecúa do. Y preparó otro aún más especial, para contener dos cadáveres en vez de uno, sin que nadie pudiera sospecharlo. ¿Por qué? Si no existieran los ladrones de tumbas, ese secreto nunca se hubiera descubierto. Y siempre hubiera sido Melvin Nordham el buscado por asesinato. Curioso, ¿no es

cierto?

—¿Qué está pretendiendo dar a entender con esas palabras, señor Garfield?

—Lo que usted ya imagina. Si falló el ataúd de Melvin, fue porque usted ya se lo proporcionó alterado... para que no funcionara. Era un modo sencillo de deshacerse de él. ¿No quería gastar una broma a todos? Pues sería una broma completa, con final inesperado para el bromista. Usted, naturalmente, no podía esperar entonces que un simple ladrón de cadáveres le alterase todo el plan, dejando libre a Melvin cuando forcejeaba desesperadamente por huir a su espantosa suerte, sepultado vivo.

—¿Me está acusando a mí de pretender matar a su amigo? ¿Está loco? ¿Qué ganaba yo con que Melvin Nordham viviera o muriera?

—Mucho, si además luego dejaba de existir Honor Nordham... como así ha sucedido. Porque entonces, mi amigo, que murió sin testar, dejaba todo su dinero... a su hermana Deborah, ya que no tenían hijos y su esposa fallecía después, también sin testar.

—Señor Garfield, usted delira —jadeó Godfrey, mirándole con ojos llameantes—. ¿Qué tengo yo que ver con Deborah Nordham, en tal caso?

—Supongo que nada. He hecho algunas preguntas por el pueblo. Usted es un tipo raro y obsceno, al que le gustan las jovencitas, no las maduras. Deseaba a alguien y le ofreció un plan ideal: la fortuna de Melvin, a cambio de su complicidad. Deshacerse de Melvin era cosa fácil, gracias a su estúpida broma, provocada por los celos. Luego también sería sencillo eliminar a Honor Nordham con cualquier fingido accidente. Y sólo quedaría un obstáculo por medio: la propia Deborah Nordham, su hermana, heredera de todo si Honor fallecía. El doctor Scragg me ha revelado hoy que esa pobre mujer está condenada a morir en breve plazo, víctima de un tumor incurable. Eso la descartaba totalmente como sospechosa. Por tanto, ¿quién podía ser su cómplice en este bien planeado juego criminal? Una bonita jovencita, deseable y ambiciosa, que se-entregaría a usted como amante, a cambio de la fortuna de su tío Melvin.

—Me asombra que lo haya descubierto, Garfield —dijo la fría voz de Hazel Nordham, la pelirroja, dulce e infantil Hazel, sorprendentemente dura ahora, desde el fondo del almacén de ataúdes.

Y Reed vio ante él, empuñando un revólver amartillado, a la bella adolescente, semidesnuda, con expresión entre lúbrica y cruel, dispuesta sin duda a matar de nuevo para alcanzar el soñado botín de la fortuna de su tío.

*

—Veo que no me equivoqué —suspiró Reed tristemente—. Una jovencita tan encantadora, tan tierna... y en el fondo es sólo una ramera cruel y despiadada. Entre ambos lo hicieron todo. Usted, Hazel, mató a Seymour para disimular, porque la desaparición del cadáver de su tío les hacía cambiar su plan criminal, achacándole al resucitado una serie de sangrientos y vengativos crímenes. Usted, Godfrey, se ahorcó a sí mismo, procurando tener un ataúd debajo como soporte, para crearse una buena coartada y acusar asimismo a Melvin de todo. Después, matar a Honor fue sencillo. Seguro que usted, Hazel, le dijo que Melvin la esperaba en su Nido de Gaviotas para hacer las paces con ella y volver a la casa, y ella picó, partiendo hacia allá. La asesinó a sangre fría antes de que yo llegara. Usted conocía tan bien como yo, dada su confianza con Melvin, lo de su madriguera en los acantilados, Hazel.

—Lo sabe todo —rió despectiva la adolescente, sin importarle que, impúdicamente, sus jóvenes pechos pequeños y duros, asomaran desnudos ante él—. Tenemos que matarle también a usted, Garfield.

—No pueden seguir matando gente de modo constante, compréndalo. La policía acabará descubriendo la verdad. No se mata a tanta gente de modo impune. Godfrey, se ha embarcado en un feo asunto. Cuando esa jovencita a quien tanto deseaba sea rica, tal vez sea usted su siguiente víctima, ¿no lo ha pensado?

Godfrey tragó saliva, repentinamente inquieto, y miró a la hermosa pelirroja, que soltó una risita agria.

—No le hagas caso, Derance querido —dijo ella roncamente—. Me encantan los tipos maduros como tú, ambiciosos e inteligentes. Iremos lejos los dos, no te traicionaré. El sólo trata de engañarte, de hacerte desconfiar de mí. Ahora es preciso acabar con él, sabe demasiado.

—No, no lo sé todo aún —replicó calmoso Reed—. ¿Cómo lograron acabar con Melvin y sepultarlo bajo Honor sin que nadie lo advirtiera?

—No tuvimos que causarle daño alguno —rechazó Godfrey—. Lo hallamos en su Nido de Gaviotas cuando Hazel y yo liquidamos a Honor. Estaba ya muerto. Debió fallarle el corazón tras la horrible experiencia de ser sepultado vivo y todo lo demás. Lo trasladamos aquí en mi carruaje y preparamos un ataúd especial con doble capacidad, donde sólo Honor era visible antes de cerrarlo. Luego se introdujo el cuerpo de Melvin por la parte inferior de la caja, y asunto resuelto. Esa muerte, Garfield, no puede cargárnosla en cuenta. El mismo fue víctima de su propio juego.

—Basta de charla ya —cortó Hazel fríamente—. Voy a matarle, Reed.

—Me temo que no le será fácil —suspiró Garfield, que sostenía

una mano en el bolsillo de su macferlán—. Yo también la estoy encañonando a usted, Hazel.

La muchacha se echó a reír.

—Si es con su «Smith & Wesson, pierde el tiempo lastimosamente —se mofó—. Está descargado, procuré hacerlo así cuando lo hallé en la madriguera de tío Melvin. De modo que no puede defenderse de mí.

Reed no dijo nada. Pero tampoco se inmutó. En vez de ello, avisó:

—Hazel, suelte su arma. No me obligue a disparar. Sé que estaba descargado. Lo cargué yo mismo antes de venir aquí, no iba a ser tan tonto.

Ella, por toda respuesta, apretó el gatillo de su arma. Partió la bala en medio de un áspero estampido. Reed se conmovió al sentir el impacto de la bala en su cuerpo.

—¿Lo ve? —se echó a reír otra vez Hazel—, Yo nunca cedo ante nadie.

Reed disparó a través de su bolsillo. Se agujereó el negro macferlán, llameó su arma y Hazel recibió el balazo en el estómago. Exhaló un grito ronco de sorpresa y de rabia. God frey, lívido, tembloroso, buscó también su propia arma para acabar con aquella situación.

—Maldito... —jadeó Hazel, mirándole con odio—. Decía verdad, cargó el arma...

Iba a disparar de nuevo sobre Garfield, pese a estar malherida. En ese momento ocurrió lo imprevisible.

¡Melvin Nordham se incorporó en la mesa de mármol lentamente, y clavó sus ojos desorbitados en su sobrina, desde la lívida máscara que era su rostro!

—¡Cielos, no! —aulló Godfrey, retrocediendo aterradoˆ

Hazel se quedó mirando incrédulamente a su tío, que se ponía ya en pie, erguido, terriblemente crispada la faz, lleno de un odio irracional y profundo hacia su bella y joven sobrinita.

—Tú... —tartajeó con voz apagada, ronca, difícil de identificar como suya—. Tú miserable... Pequeña y sucia prostituta, asesina y bribona de la peor calaña... Tú, con tu cara de ángel y tu cuerpo de virgen, miserable criatura... A ti te buscaba. Tú me engañaste, tú recibiste el informe de Constance, tu buena amiga, tú estabas liada con Godfrey para asesinarme en mi sepulcro...

Hazel se tambaleó, con el estómago empapado de sangre. Aun así, comenzó, a disparar. Una, dos, tres, cuatro veces. Todas sobre su tío Melvin, como alucinada, pretendiendo matar al hombre que volvía por segunda vez de la muerte.

Inútil empeño. Melvin, bañado en sangre, tambaleante, pero implacable, llegó hasta ella. La arrancó el arma de su mano. Garfield

trató de contenerle a tiempo:

—¡No Melvin, viejo amigo, eso no! ¡Es tu sobrina, es tu sangre...!

Melvin sonrió extraña, siniestramente, desde su faz de difunto.

—No, Reed... Ella es basura... Sucia carne podrida... —y le voló la cabeza de un solo balazo a quemarropa, que destrozó de tal modo el rostro de Hazel que hizo apartar con horror al rostro al joven americano.

Hazel cayó al suelo sin vida. Godfrey, aterrorizado, intentó usar un pesado revólver contra el ensangrentado Melvin. No pudo hacerlo. Aun herido en el costado, Reed disparó de nuevo, desarmando al funerario, que se miró aterrado su mano sangrante.

—Usted tiene que vivir para contar todo a Ia policía, God frey... —jadeó Reed apoyándose en el muro. Miró patético a su viejo amigo Melvin, que tras un tambaleo comenzaba a caer, cosido a balazos—. Melvin... ¿Cómo volviste otra vez de la tumba?

—Nunca llegué a morir —sonrió tristemente su camarada, ya en el suelo—. Me quedó una dosis de la droga del maldito doctor Hayden. La tomé en mi madriguera, para intentar conciliar el sueño, ya que mis propias pesadillas me lo impedían. Entonces debieron sorprenderme estos cerdos asesinos... Reed, viejo amigo, gracias por todo. Y perdona. Intenté una broma torpe. No se debe jugar con la Muerte. A ella no le gusta... Adiós, Reed, muchacho. Creo que tuve... el justo castigo... a mi estupidez...

Ahora, sí. Ahora estaba muerto de verdad. Reed lo sabía cuando cerró sus ojos por segunda, por definitiva vez. Luego, lentamente, sujetando su herida sangrante, volvió junto a Derance F. Godfrey, que temblaba como si sufriera un ataque de epilepsia. Le miró con hondo desprecio.

—Ahora, vamos a la policía, amigo —jadeó—. Esta historia sepulcral ha terminado. Al constable Campbell le gustará saberlo. En cuanto a mí..., de momento necesito ayuda médica. Luego... ya veré. Una buena enfermera a mi lado puede que obre milagros, mientras usted espera la horca, Godfrey.

Y sintió alivio al pensar que una muchacha tan eficiente, dulce y atractiva como la rubia Angharad Rice cuidaría de él durante cierto tiempo. Le gustó recordar a la joven enfermera.

Tal vez sólo por eso valía la pena estar herido. Quizá aquella bonita enfermera de ojos profundos era lo único limpio y hermoso que había encontrado en su siniestro viaje a Inglaterra...

FIN